

# EL PIRATA NEGRO



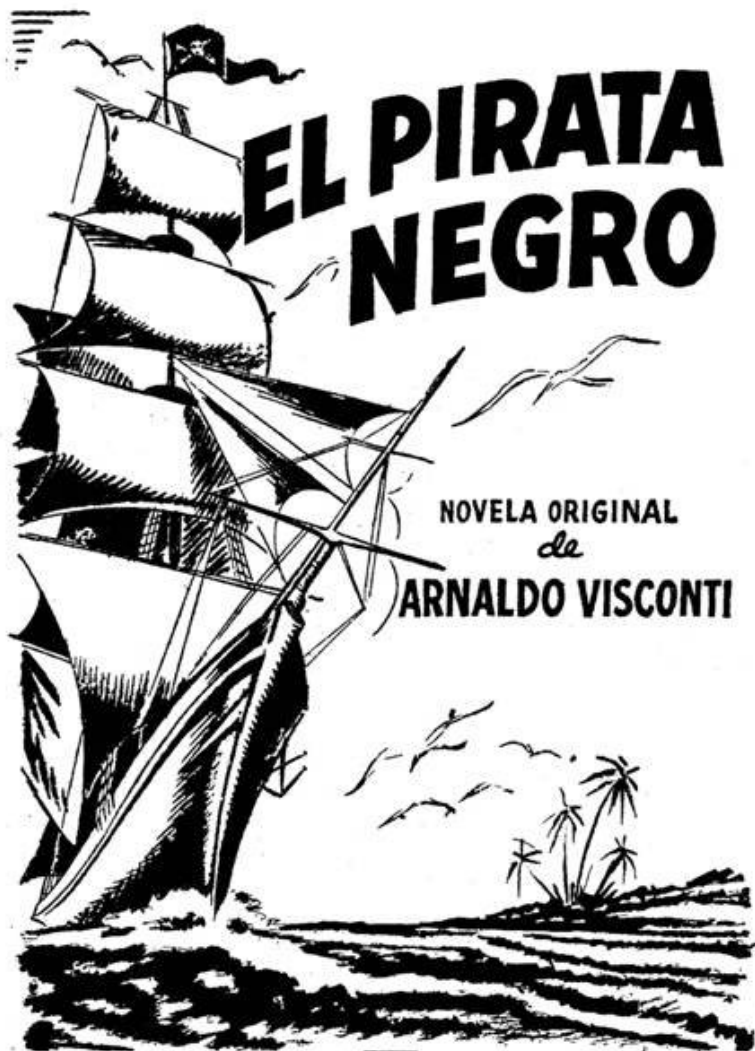
CONTIENE  
UN EPISODIO  
COMPLETO



RAJAKENSAL

ESCLAVITUD Y RESCATE

3  
PTAS



# EL PIRATA NEGRO

NOVELA ORIGINAL  
*de*

ARNALDO VISCONTI

EDITORIAL  BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

# **Esclavitud y rescate**

**Colección El Pirata Negro n.º 21**

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA  
*BARCELONA*  
*1947*



**ESCLAVITUD  
RESCATE**

# CAPITULO PRIMERO

## Huésped de honor

En la soleada bahía veíase un bergantín de sólida estructura, con todas sus velas arriadas y luciendo en la proa un cartelón empotrado en el que se leía la palabra “Madriles”. Sobre su cubierta un nutrido grupo de atareados tripulantes se dedicaba a la limpieza, baldeando las maderas y dando lustre a los cobres.

Los artilleros aseaban los bruñidos cañones y algún que otro marinero cantaba alegremente en lengua francesa populares estribillos regionales, que eran coreados por los que sentían nostalgia de la comarca lejana evocada por el cantar.

En el puente de mando, Diego Lucientes, el capitán y propietario de la nave, contemplaba la labor de su “Tercio de Aventureros”.

Desvió la vista cuando en la plana superficie del mar una lancha con lujoso camarín acercóse a fuerza de remos, proveniente del Sur...

La primavera entibiaba el ambiente en la costa de la isla portorriqueña.

En el aire flotaba la fragancia de las flores selváticas que despedían los efluvios que la brisa llevaba hacia el bergantín...

Diego Lucientes descendió hasta la entrada de la pasarela cuando la lancha atracó al costado del buque, y una mujer lujosamente ataviada, encarnación de delicada belleza, subió por la escalerilla.

—Buenos días, señor Lucientes. No me negaréis que soy una discípula puntual y aplicada.

—Y yo un afortunado profesor, que bendigo el azar que me permitió en mis andanzas aprender las parlas francesa e inglesa.

Se observaron mutuamente con ironía. Ella apoyó su mano en el

antebrazo masculino y subieron al puente de mando, donde les acogieron dos confortables sillones.

Sonsoles Ávila, hija del Virrey de Puerto Rico, había heredado de su padre el orgullo y la inteligencia. De su madre, la suave belleza engañadora.

—La primavera que nos rodea me hace ser sensible a vuestro encanto, Sonsoles. Es cuando la misma tierra huele a mujer, el mar susurra la “morriña” del hombre que, como yo, vive solitario sin amores..., sin esposa..., sin hogar.

—Primavera en francés es *printemps* y en inglés *spring*, ¿no?— preguntó ella, mirando sus manos entrelazadas sobre el regazo de su falda.

—Olvidad la lección, Sonsoles. Estáis tentadora en esta postura recatada..., que es otro aliciente más de vuestro encantador espíritu... ¡tan falso!

Ella levantó los párpados, mirando sonriente al madrileño.

—Ser leal con quien es falso, es dar pruebas de insensatez, señor Lucientes. Yo os demostraré dónde reside vuestra falsedad. Demostradme vos ahora dónde existe la falsedad que me reprocháis.

—Simplemente en un hecho: me dijisteis que por aburrimiento y también por cierto afán de instruiros, deseabais que os diera clase de francés e inglés. Pongo a prueba vuestra sinceridad: ¿tanto os aburrís y tanto deseáis instruiros?

—Fué un simple pretexto para veros a diario...

—Me emocionaría tal distinción, que me haría suponer la existencia de un irresistible impulso hacia mi insuperable guapura— dijo, riendo, el madrileño—, si no supiera que me odiáis incomprensiblemente.

—¿Cuál creéis que puede ser el peor insulto para una mujer?

—Supongo que debe de ser el cortejarla fríamente, por pasatiempo, y manifestarle en distintas ocasiones que, antes que casarse con ella, preferiría uno la muerte.

—En Madrid los caballeros nacen galantes... De vez en cuando nace uno como vos..., que ni es caballero ni es galante.

—De acuerdo. Pero no desviéis la conversación. Dijisteis que vuestro afán de instrucción obedecía al deseo de verme a diario. ¿Para...?

—Tener la certidumbre de que vuestro barco y vos seguís en esta

bahía.

—¿No bastan los oteadores que desde la cumbre de aquella loma se relevan constantemente y, por orden de vuestro padre el Virrey, vigilan mi bergantín?

Rieron ambos, amablemente en la entonación, rencorosamente en la intención.

—Me place, señor Lucientes, ver que no somos tan falsos como pretendemos. Hablamos con absoluta claridad.

—Si. Cuando yo levanto el naípe y lo descubro. Escuchadme, linda doncella: dejad que os haga un poco de historia. Yo vivía tranquilo y sin complicaciones, cuando vos, en una lejana isla, llegasteis a pedirme ayuda para socorrer a la guarnición de Puerto Rico, sitiada por filibusteros americanos. Os presté dicha ayuda, aunque tenía buenos motivos para reírme de vos ante tan absurda petición. Vuestro padre me distinguió con el mote de “huésped de honor”. Digo “mote”, porque ser huésped de honor de Puerto Rico debe de significar estar vigilado como al más empedernido de los maleantes.

—¿Puedo yo, a mi vez, haceros un ligero resumen de vuestra historia? Me remontaré al primer episodio en que nos conocimos.

—Prefiero citarlo yo, porque vos emplearíais palabras suaves, y yo emplearé las precisas. Era yo entonces un estudiante madrileño, que, entre copa y copa, lección y lección, componía trovas y soñaba con la luna.

—Vuestra gran amiga e inspiradora.

—Ella me inspiró la idea de que vos erais buena. Fué el primer y único engaño que me dió. Os vi pasar en vuestra carroza, gentil, levemente altiva, como correspondía a la hija del marqués del Aguilar, y vendí mi capa para sobornar al cochero y saber quién erais y cuál era vuestro nombre. “Sonsoles”, me dijo él. Ávila por madre y cuna. Son soles sus ojos y su piel blanca como las nieves de Ávila...—rió bruscamente el ex estudiante—. Tenía yo entonces dieciocho años... Esa es mi excusa. Os envié una larga poesía...

—Muy mal rimada y vulgar.

—Quizá, pero llena de ingenuidad y de fe... ¿Mi recompensa?.. Vuestros lacayos me llevaron a vuestro palacio, y me poblaron los lomos de cardenales a fuerza de bastonazos, mientras vos réais...

Ella rió, brillantes los ojos. Diego Lucientes adelantóse



brutalmente y sus labios estamparon un sonoro beso en el cuello de Sonsoles Ávila, al desviar ésta el rostro.

El madrileño volvió a sentarse, riendo alegremente.

—Cada vez que me obliguéis a citar lo de entonces, os besaré..., porque sé que os... gusta.

Ella enrojeció, y su voz temblaba al decir en voz baja:

—¡Te odio, aventurero insolente y soez! Y un día... un día tengo que verte ahorcar.

—Soy tu huésped de honor, Sonsoles. Es muy feo eso de desear que bailotee ante tus ojos de niña bonita.

—¿Crees, acaso, que soy tu hija?— exclamó ella, acalorándose —. Te oí el otro día, cuando hablabas a ella y al hijo de tu amigo el Pirata Negro. Y eras ridículo. Decías tonterías impropias de un... bandido como tú.

—Para saber hablar a los niños y a los animales, hay que haber vivido mucho y mal, linda virreinita. Pero deja en paz a los niños... y sigue destilando veneno almibarado, que también nos entenderemos.

—¿Por niña yo y por animal vos?

—Tutéame, niña, si me llamas animal. Dije que nos entenderíamos, porque la zorrilla y el gato hablan lenguajes semejantes.

Sonsoles Ávila púsose en pie y su mano fué a abofetear la mejilla del madrileño. Pero Diego Lucientes cogió en el aire la muñeca amenazadora y la sostuvo, continuando sentado.

—Linda mano, tibia como el buche de una paloma. Un besito... y siéntate.

Ella arrancó su mano de la presión masculina. Sentóse, respirando entrecortadamente.

—Sólo groserías puedo esperar de quien fué pirata y tuvo cuna plebeya como tú—dijo, con fría altivez.

—Cuando pulsé la lira romántica, bastonazos recibí. Y últimamente, cuando intenté hablarte cortésmente, me acusaste de fingir lo que no sentía.

—¿Piensas que nos engañas a mi padre y a mí? Intercediste por el Pirata Negro cuando iba a ser ahorcado, porque meditabas facilitarle la huida del banco de galera donde remaré hasta su muerte. Y por eso permaneces aquí, en esta bahía, esperando la

ocasión de zarpar y atacar la galera en cualquier momento... ¡Ese es el motivo por el que me das supuestas lecciones! Y ese es el motivo por el que declaras que el clima de Puerto Rico te sienta bien.

—¡Calumnias! El clima y las lecciones son la pura verdad. La calumnia está en suponer que yo piense tan siquiera mover el meñique para salvar al hombre que tú misma oíste cómo se jactaba de haber ahorcado a la mujer que yo quería. Al hombre que escupió a mis pies, llamándome “calzonazos perfumado”... Al hombre que juró colgarme de la misma viga en que suspendería a tu padre...

—Ahorra tus palabras, Diego Lucientes. Engañarías a otras... No engañarás a quien, como yo, sabe que todas las locuras inimaginables forman el credo del diario vivir de los aventureros como tú y el Pirata Negro.

—¿No nos viste a ambos enzarzados ante tus ojos en duelo a muerte? ¿Mentía mi espada cuando se quebró contra su pecho?

Sonsoles Ávila se levantó.

—Por hoy ha terminado la lección, señor Lucientes. ¿Tenéis la gentileza de ofrecerme vuestro brazo?

Inclinóse él, obedeciendo galantemente. Cuando ella llegaba a la entrada de la pasarela, musitó:

—¡Qué lástima que seáis un grosero animal!

Y desprendiéndose rápidamente del antebrazo masculino, propinó un seco bofetón en la mejilla del madrileño, y corrió escaleras abajo.

Llegando ya cerca de su lancha, levantó sonriente la cabeza.

—¿Cómo se llama en inglés “bofetada”, señor Lucientes?

El madrileño, acariciándose la mejilla dolorida, replicó, también sonriente:

—En español, mi señora, en español... os contestaré mañana, si tenéis la gentileza... y la imprudencia de volver a mi barco.

—Soy gentil y soy imprudente—gritó ella, mientras la lancha se alejaba—. Y, ¡por favor!, cuando habléis a vuestros dos niños tratad de ser menos ridículo. Me gustáis más cuando sois... como sois.

Diego Lucientes quedóse en silencio un largo instante. Después, rió con burlona carcajada que encubría su desconcierto...

\* \* \*

Entre los dos sumaban escasamente diez años, siendo ella ligeramente mayor en edad, aunque el varón la aventajaba en

estatura.

Pero era ella la que empuñaba amenazadora un tosco muñeco de serrín, cuyas largas crines de estopa retorcida se agitaban acompasando la cantinela que agudamente repetía:

—¡No jugaré más contigo!... ¡No jugaré más contigo!...

El varón alzó despreciativamente los robustos hombros e intentó escupir para demostrar la infinita inmensidad de su desdén... La salivilla, mal impulsada, le colgó del labio, mojando su cuello de encajes.

Enrojeció mirando de soslayo a la niña, pero ella, vuelta de espaldas, sólo mostraba la melena rubio-rojiza que le caía sobre el azul terciopelo de su gracioso vestido.

La seguridad de no haber sido visto animó al muchacho, que, pasándose rápidamente el dorso de la mano por el cuello y la boca, murmuró, con más voz de la que pertenecía a sus años: —Cuando le cuente a “Medio Brazo” lo que dices, ¡verás... lo que verás!

Revolvióse ella, agitando de nuevo su muñeco. Chispeaban sus ojos azules y su boca grande se dilató hasta el máximo.

—¡Papá!—gritó—. ¡Papá!

En el umbral de la camareta apareció un individuo alto y de anchas espaldas, manco del antebrazo izquierdo, pelirrojo, y vestido con elegante casaca amarilla y pantalones de negra piel que se hundían en altas botas mosqueteras que le llegaban a medio muslo, quien, sonriendo con buen humor, examinó a los dos chiquillos.

—¿Zafarrancho de combate? — preguntó, guiñando un ojo a su hija—. Este muñeco de serrín no puede asustar a tu hermano. Habla tú primero, Carlos.

—Yo no soy chivato ni acusica como ésta. Yo digo... que no soy hermano de ésta. Y... no digo más.

—“Esta” se llama Gaby...—rió el manco pelirrojo—. Habla tú ahora, Gaby.

—¡No quiero jugar más con él! ¡Es un bruto brutísimo, ea!

—Lo soy porque me da la gana y porque me gusta, ¡jeaá!—vociferó Carlos de Ferblanc y Heredia.

—Razonamientos convincentes y solidísimos — aprobó Diego Lucientes con seriedad—. ¿Por qué llamas bruto a Carlos?

Gaby Lucientes de Civry aproximóse a su padre. Mantenía el muñeco apretadamente contra su pecho, mientras su índice, casi

invisible en su pequeñez, señaló acusador al muchacho, que, brazos cruzados y piernabierto, la miraba con ojos centelleantes.

—¡Cuando habla de ti, te llama “Medio Brazo”! — exclamó Gaby, jadeando.

Diego Lucientes estalló en alegre carcajada, y el hijo del Pirata Negro le imitó con satisfacción.

—Quisicosas de mujeres quisquillosas—dijo Lucientes, cesando de reír.

—Eso es: Qui...sicosas de mujeres quis...callosas—repitió Carlos con absoluto convencimiento. Y, mirando desdeñoso a la niña, añadió: —Tu padre es más listo que tú. Y le llamo “Medio Brazo” porque así lo hace mi padre, ¿verdad, “Medio Brazo”? Tú mismo me lo has dicho.

Diego Lucientes fué a sentarse llevando de la mano a su hija, a la que sentó en su rodilla derecha, y, chasqueando los dedos, señaló a Carlos su rodilla izquierda.

Sentados los dos muchachos, el uno frente al otro, miraron atentamente el rostro rasurado y truhanesco del ex lugarteniente del Pirata Negro.

—Vosotros dos sois una gatita y un perro. Tú ladras, Carlos, y tú, hija mía, maullas. ¿Y sabéis lo que ocurrirá? Os casaréis..., porque, acostumbrados ya a pelearos, desearéis seguirlo haciendo toda la vida.

—Si tu hija es mi hermana, no me puedo casar con ella.

—Aunque no fueras mi hermano, yo no...

—Estoy en el uso de la palabra—reprochó Lucientes con fingida severidad—. Escuchad; quiero narraros el cuento de la gata y el cachorro. La gata se llamaba Gabyfuz y maullaba por los tejados. Él era Carlosguau y ladraba por los patios. Bufaba ella al verlo; resoplaba él al atisbarla. Y padre Gatomanco estaba triste..., y lejos de donde estaban reunidos padre Gatomanco, Gabyfuz y Carlosguau, padre León estaba también triste... Rugía: “¡Gatomanco! Me prometiste que Gabyfuz sería la hermana de Carlosguau, mi hijo. Y oigo a través del mar maullidos, ladridos, bufidos y resoplidos, cuando lo que yo quisiera oír es el chasquido de sus besos...”.

Guardó silencio Diego Lucientes. Gaby le miró indecisa; bajó las pestañas, retorciendo la cabeza de su muñeco de serrín...

Carlos fijó rectamente sus ojos en el madrileño.

—Yo soy Carlosguau, tú eres Gatomanco..., y, ¡maldita sea!, ¡tienes que dejar que te bese, Gabyfuz, o te pego!

Diego Lucientes interpuso su única mano ante el rostro de Carlos, que se adelantaba hacia el de Gaby.

—No es así, caballere, cómo una damita te concederá la gloria de sus mejillas. Los besos no se roban. Yo nunca lo he hecho. Y padre León, cuando besaba a una niña, le decía: “Señora, dejad que mis labios se purifiquen con el aroma que desprenden las rosas de vuestra tez”. Y ella, sumisa, contestaba: “Señor, al madrigal me rindo, ya que no acato la brutalidad”.

Diego Lucientes depositó a los dos niños en el suelo. Dirigióse hacia el umbral de la camareta, y, antes de salir, sin volverse, dijo:

—Padre León regresará con nosotros cuando sepa que os queréis como hermanos.

Al quedarse solos, Gaby acabó de degollar al muñeco, que desparramó su serrín. Carlos se balanceó alternativamente sobre cada pie. Al fin, musitó valerosamente:

—Señora, dejad que mi boca se “petrifique” con el aroma que despiden las rosas de vuestra “pez”.

Ella frunció la nariz, haciendo memorias de las palabras oídas.

—Señor, al “madrugón” me rindo, que la brutalidad no “cato”.

Ambos se fundieron en estrecho abrazo, y las cuatro mejillas quedaron generosamente babeantes.

El hijo del Pirata Negro susurró al oído de Gaby Lucientes:

—¿Cómo quieres que llame a tu padre?

—Como tú quieras.

—¿Y volverá pronto mi padre?

—Yo rezo todas las noches para que en seguidita venga “él” a arroparnos como hacía.

Él la abrazó con fuerza.

—¿Sabes, Gaby? Si algún día quieres casarte conmigo, pues... te dejaré que te cases conmigo.

Meditó ella un instante, y abrió ya la boca para expresar vigorosamente su descontento, pero vió en el redondo ventanal de la camareta, por su parte exterior, el rostro de Diego Lucientes tocándose los labios con el índice.

Y al picaresco guiño del padre replicó un idéntico guiño de los

azules ojos, y Gaby, entrecerrando la boca, murmuró:

—Bueno, Carlos. Gracias. Y... hoy te toca a ti ser el caballo y a mí ser el jinete. Es martes.

Carlos apoyó dócilmente las palmas de las manos en el suelo, arrodillándose. Gaby saltó sobre su espalda, sofaldándose la larga sayita, y empleó el resto del muñeco como fusta...

Diego Lucientes regresó al puente de mando, aspirando con deleite una bocanada de aire. Se sentó...

—Cumpló lo prometido, Carlos Lezama—susurró—. Y el día en que tú me ahorques, ¡buen trabajo te espera con esa pareja de “niños prodigios”! Que, si recio es el galán, sabihonda me ha resultado la dama, y mejor quisiera ocupar tu sitio en el banco de galera que tener que devanarme los sesos imitando a una vieja abuela, para no herir la sensible susceptibilidad de esos dos cachorrillos: tu hijo y mi hija.

## CAPITULO II

### El alegre cantor

Los largos y voluminosos remos subían acompasadamente, desgranando perlas líquidas, para hundirse en el agua... La galera avanzaba con lenta pesadez, regresando a Puerto Rico, de cuya bahía aun distaba un centenar de millas.

La galera sólo tenía dos secciones: una, era la lisa cubierta donde sobresalía en su popa la cabina en la que cuando los remos impulsaban la nave se encontraba el “cómitre” piloto, con el busto únicamente visible.

El resto de su cuerpo, sentado, dominaba la vasta cala donde los forzados permanecían con la diestra atada en la argolla que se ceñía al mango del remo e inmovilizados los tobillos por grilletas empotrados en la base del banco en que se sentaban noche y día, hora tras hora, sin moverse de él para nada.

Cada remo pesaba alrededor del medio millar de kilogramos y en su larga empuñadura se precisaban siete remeros, que, además de mover el de por sí voluminoso leño, tenían que vencer la considerable resistencia del agua.

A ambos costados de la cala alineábanse diez bancos fijos. Por el espacio abierto entre las dos secciones de bancos desfilaban los “cómitres” manipulando los largos látigos de correa rematada en plomo con la que imponían nuevo vigor a los remisos o a los exhaustos, surcándoles los hombros a correazos.

Por toda vestimenta y para facilitar el libre juego de los músculos, cada forzado poseía una ancha tira de tela que rodeaba sus riñones y, sujetándoles la entrepierna, se anudaba flojamente a la cintura.

En el banco comían, dormían, sudaban y rechinaban de dientes

impulsando el remo rítmicamente a cada voz del “cómitre” piloto.

Restallaban los látigos; imprecaban los cómitres y de vez en cuando algún forzado se manifestaba totalmente insensible a la caricia reanimadora de la correa.

Una evasión simbólica, y la única posible: había conseguido que por fin liberasen sus tobillos del cerco de hierro y su diestra de la permanente argolla... para ir a sepultarse eternamente al fondo del mar. Y entre sus compañeros había alguno que le envidiaba...

Sin embargo, los cómitres envidiaban secretamente el jactancioso buen humor de uno de los forzados, al que ni los latigazos hacían mella, ni el duro esfuerzo parecía agotar...

A la medianoche los forzados tenían la libertad de hablar o dormir, hasta las cinco de la madrugada, en que de nuevo los remos entraban en acción, y era entonces cuando el forzado que suscitaba una secreta admiración en los cómitres, a petición de los demás presidiarios de la cárcel flotante, entonaba alegres canciones burlonas o narraba relatos espeluznantes, aunque matizados de humorísticas reflexiones.

El alegre cantor era Carlos Lezama, el Pirata Negro.

El cautiverio le había igualado a todos los demás forzados, en que su rostro, donde antes tan sólo veíase el fino trazo del bigote, apareciera ahora poblado por densa aunque corta barba.

Ocupaba un sitio en el banco último de popa, donde por su cercanía al cómitre piloto y a las literas de los demás cómitres, podía ser vigilado permanentemente por expresa indicación y órdenes del Virrey.

Su lugarteniente, “Cien Chirlos”, estaba orgulloso de compartir el remo al costado derecho del Pirata Negro, por estar sometido a la misma especial vigilancia, que se extendía también al tercer forzado, que remaba a la izquierda del Pirata Negro, y del que sólo sabía el apodo por el que los cómitres le llamaban: “El Presuntuoso”.

“El Presuntuoso” era un sujeto musculoso, joven aún, pues rondaría los treinta años, pero su taparrabos y la barba le hacían distinguirse muy poco de los restantes forzados.

Si acaso, tenía dos peculiaridades: nunca sonreía, y su hosco semblante de negro pelo hirsuto y malévolos ojos pardos ostentaba una mueca de desprecio cada vez que oía hablar o cantar al Pirata



Negro.

Cuando la voz del cómitre piloto cesó a la medianoche de desgranar su rítmica cantinela y los otros cómitres fueron colocando en los bancos, entre cadera y cadera de los forzados, los platos de hierro con un líquido humeante y grasoso en el que flotaban trozos de carne, “El Presuntuoso” hizo como los demás.

Su única mano libre, la izquierda, cogió el plato, y, aplicándoselo a los labios, fué sorbiendo y masticando.

El segundo plato era el mismo recipiente, en cuyo interior el cómitre ranchero arrojaba un cazo de vino en el que se bañaban rebanadas de pan.

Y siguió la etapa de “sobremesa”, siempre a cargo de la misma persona.

—Buen provecho a todas nuestras barrigas—declamó el Pirata Negro—. ¿Habrá bellaco que se queje? Merecería que le zurraran quien no alabe lo gustoso de la pitanza ganada sin esfuerzo y servida cómodamente por criados que vienen a traérmola a nuestros propios lechos. Oíd la opinión del inefable “Cien Chirlos”. Diles, guapetón, si tienes queja del servicio, o se plañe tu tripa.

El rostro surcado por múltiples cicatrices poblóse de más arrugas al sonreír el lugarteniente pirata.

—Mi tripa no se plañe porque la tuya tampoco, señor.

—Aquí no hay más señor que el señor ronquido, nuestro gran placer. Invoquémosle a todo pulmón. He estado componiendo una copla mientras remaba para desentumecer un poco los músculos, que es ejercicio que el médico de cabecera me ha recomendado. Aprendeos la canción, que mañana a coro la cantaremos como entrada en el país maravilloso donde cualquiera puede ir con tal de cerrar los ojos y aguardar la carroza del letargo durmiente.

La voz bien timbrada y sonora del Pirata Negro cantó:

“La vida es sueño,

dijo un español poeta.

Y nadie de nuestro ronquido es dueño,

aunque la argolla nos sujeta.

Todos al dormir

felices sonreímos,

porque lo bueno del vivir

es aquello que no sentimos.”

Cesó de cantar, y rió con alegre carcajada.

—Ripios malos, pero yo les tiro la primera piedra, que para eso son muy míos. El que no quiera oírlos, no tiene más que cerrar las orejas—y el Pirata Negro miró a su vecino de la izquierda—. Esa va por ti, galán. Hace veintidós días que remamos juntos, y todavía no sé si eres mudo, pero veo que me miras como si te diera asco al verme. ¿Huelo mal? Tampoco tú halagas mis narices, y tu jeta no es de las que me simpatizan, con lo que quedamos en paz.

“El Presuntuoso” frunció las cejas, pero continuó en silencio.

—Tengo un capricho—prosiguió diciendo el Pirata Negro—. Se me antoja que si te desahogaras hablando, aunque fuera para insultarme, te sentaría bien. No es que me interese tu salud; es que me revienta tu cara de sauce llorón.

“El Presuntuoso” habló. Y su réplica tuvo la virtud de sorprender levemente al Pirata Negro.

—Forzados estamos a remar en el mismo banco, pirata, pero puedes tener la cortesía de dejarme tranquilo, aunque comamos en el mismo pesebre. Que si tú eres un jayán alegre por bruta inconsciencia, yo soy un hombre triste y nací caballero.

—¡Tate! ¿Y el ser caballero obliga a tener aspecto de llorón sin lagrimeo? Si comemos del mismo pienso y remamos juntos, ¿por qué no procuras hacer de tripas corazón?

—Porque la tragedia de mi vida mató mi alegría. Y yo no soy un inconsciente como tú.

“Cien Chirlos” gruñó torvamente:

—Eso de “inconsciente”, ¿es ofensa que te hace, señor?

—No, guapetón —sonrió Lezama—. Es una infundada alabanza. ¡Bien quisiera poseer lo que pretendes tengo, señor caballero trágico: la inconsciencia de que me acusas!

—Quien como tú canta y ríe en un lugar como éste, no lo hace como creen los demás por valentía y desdén al sufrimiento. Tipos de tu jaez cantarían también en el infierno... por estupidez. Son de los que matan y luchan a muerte sin saber lo que se hacen, y ríen y cantan porque no saben lo que es ni les duele ese algo llamado alma.

—Además de “Presuntuoso”, ¿cómo te llaman? —inquirió suavemente el Pirata Negro, con irónica sonrisa.

—No te importa.

—Cierto que me tiene sin cuidado. Te llamaré “Pedante”. Escucha, “Pedante”: ¿estás de acuerdo conmigo en que hablando le vas cogiendo gusto a hablar? ¿No contestas? Ya me replicarás: porque te darás cuenta de que hablando evitarás el pensar en la horripilante y enormísima tragedia de tu vidita de insecto. ¿Estás de acuerdo conmigo en que la vida desencanta?

“El Presuntuoso” miró ceñudamente a su interlocutor, encogiéndose de hombros.

—Sí. La vida desencanta, “Pedante”, y es lo que siempre repites en tu interior, porque tu pensamiento acompaña el crujir del remo, y en el eco de tu remar conjugas los ecos de tu pena, que cultivas enfermizamente. La vida desencanta...—canturreó el Pirata Negro—. La vida desen...canta... ¿Has oído? El sabio Eco ha contestado: “...¡canta!”. Esa es mi primera lección, estúpido botarate—y los ojos del Pirata Negro chispearon con dureza mirando al desconocido “Presuntuoso”—. ¿Crees, quizá, que todos esos hombres, porque no han nacido caballeros ni saben de letra, no sufren? La vida para ellos no ha sido un lecho de rosas ni una mesa apetitosa. Se han revolcado en lodazales de miserias y crímenes; los unos, porque nunca oyeron palabras buenas; los otros, por su gusto; los más, por las circunstancias. Y del centenar que aquí remamos, ¿crees acaso que sólo eres tú quien tiene un pasado trágico? Hay risas que son como un desafío al destino; risas que son una burla de sí mismo, porque apiadarse de sí mismo es propio sólo de los espíritus apocados de quienes de hombre no tienen más que la barba.

Una expresión de interés se enseñoreó del rostro del taciturno “Presuntuoso”. Dijo en voz baja:

—Hablas ahora como un filósofo, y no como el que creía que eras: un tonto de los que en las ferias navarras hacen reír a los aldeanos.

—Tonto y aldeano es el que, como tú, se conduele de sí mismo. Yo no soy filósofo, porque tengo una salud a prueba de tormentas y mi única filosofía está en que siempre hago cara a lo que se presenta contra mí mismo, con sonrisa. Si yo río, es para asustar a la fea Tristeza, y si canto es para... no golpearme la cabeza contra el madero. Y ahora, “Pedante”, que te parta un rayo o te mate un empacho de tu penilla; tanto se me da una cosa, como la otra.

—¿Por qué, pues, me sonsacaste palabras?

—La primera razón ha sido porque me ha dado la gana. La segunda, por que quería tener la evidencia de si eras mudo o si no lo eras, de si rebuznabas o croabas. No rebuznas, porque hablas como hombre inteligente, pero tienes algo de borrico y eres rana. A otra cosa. Y tú sigue croando internamente en tu estanque de propia pesadumbre, apiadándote de ti mismo.

Y el Pirata Negro se encaró con “Cien Chirlos”, que rió satisfecho.

—Le diste brea en todo el casco a ese barquichuelo mamarracho, señor.

Y yo quiero añadir algo que un día te oí decir. ¡Eh, tú, “Pedante”! Que las ranas y los borricos me perdonen al repetirte yo que eres una rana y un borricazo.

Algunos de los forzados rieron. “El Presuntuoso” cerró la mano izquierda e hizo algo inesperado. Mordióse el puño... y agachó la cabeza. Sus hombros se sacudieron y un bronco quejido brotó de su garganta. Dejó caer el rostro contra su antebrazo derecho encadenado por la argolla al remo... Lloraba.

—¡Mirad al caballero!—aulló, burlón, uno de los forzados—. El caballero borrico solloza como una damisela...

Estalló un coro de risas, que cesó bruscamente cuando la voz del Pirata Negro, seca y autoritaria, exclamó:

—¡Dejadlo en paz si quiere llorar!

Deslizó una mirada de reojo al “Presuntuoso”, que seguía llorando apoyado el rostro en su antebrazo.

—Bien, compadres—continuó diciendo Carlos Lezama—. El que tenga sueño, que no me escuche, que libres somos todos de hacer aquello que nos dé la muy real gana. Pero hay algunos de vosotros que, por adulones o quizá porque aun el más cretino de los “bebesangre”, por ser hijo de madre, tiene posos del niño que fué, que dice que le place oír mis narraciones. Esta noche hay en mi testa brumas blanquecinas que revolotean mientras hay muertos que redoblan en opacos tambores, y los huesos crujen, mientras ríen esqueletos que arrastran cadenas de remordimientos por caserones infinitos llenos de las telas de arañas del sucio pasado.

—¿Tu cuento va a ser de los de “espeluzna”, señor?.. —preguntó “Cien Chirlos”, escalofriado de antemano.

El Pirata Negro contempló con afecto la horrenda faz de su

segundo, asestóle un recio manotazo con la zurda en el hombro, y aquella muestra de aprecio fué para “Cien Chirlos” un gran honor, que le hizo mirar desdeñosamente al resto de los forzados.

—No tienes desperdicio, guapetón. Luchas como un tigre traidor; no temes a diez cañones que te apunten y te considero como el más entero de los valientes. Sin embargo, al oírme contar narraciones de abuela te sientes como el niño al que en noche oscura dejan solo en la selva. ¿Por qué sientes miedo?

—Verás, señor. Siempre es difícil para mí el explicar las cosas que siento, en forma que me las entiendan. Pero tú eres talentudo y me adivinarás. Yo..., pues, sé que un cañón es un cañón y que vomita plomo que daña. Voy por él... para que no me dispare. Un tipejo, dos, tres, los que sean, con pinchos y pistolas..., son tipejos como yo, y quieren mi pellejo. Voy, pues, por el de ellos, para que no se queden con el mío. Pero... eso de los esqueletos que deberían estar en sus tumbas, y los fantasmas que deberían quedarse en su tierra de Fantasmia..., pues como no lo comprendo..., pues me asusta.

—Yo te he comprendido muy bien, guapetón. Por eso, cuando algo nos da miedo...

—¡Tú no tienes miedo de nada, señor!

—¡Oh, que sí, guapetón! Verás: voy a contar un hecho que me ocurrió y en el que intervienen trasgos.

“Cien Chirlos” se relamió y el Pirata Negro lanzó una carcajada.

—No hablo de tragos, bellaco, que ya la boca se te hacía vino. “Trasgos” se llama a todo aquello que no es humano, porque el hombre no lo sabe comprender. Y cuando algo nos da miedo, debemos tratar de comprender las razones de nuestro miedo. Oídmelo. Era yo un mocito y los azares del destino me tenían encerrado en una celda donde estaban conmigo dos presos más. El uno, por gitano, era supersticioso, y por alfeñiqué era cobardón. El otro era amigo mío. Éste, no sé si por juego o por deseo, se ahorcó ante mis ojos. Le dejé colgar mucho tiempo, porque le creí continuando uno de sus juegos macabros, a los que era aficionado. Sus pies se apoyaban en el suelo, y su cinto, con el que rodeaba su cuello, no estaba sujeto en condiciones de darle muerte por colgadura. No sabía yo que padecía de débil corazón, y le dió un ataque que nada tenía que ver con su cinto ni su juego. Yo seguí

tendido en mi camastro, y sólo cuando pasó demasiado tiempo me di cuenta de algo extraño. Mi pobre amigo estaba muerto.

El Pirata Negro guardó un instante de silencio.

—Eso no me da miedo, señor—reprochó “Cien Chirlos”.

—Aguarda, que hasta ahora ha sido sólo lo que llaman los que escriben libros prólogo, introducción o prefacio. El otro compañero de celda, el cobardón supersticioso, suplicó que lo llevaran a dormir a otra celda. Decía que “el muerto se le aparecería”. Yo le insté a que se quedara, alegándole que nuestro compañero ningún mal podía desearnos, ya que ninguna culpa tuvimos en su muerte. Fué inútil y se marchó a otra celda. Quedé yo solo. Apagada la vela, me dispuse a dormir. A través de la ventana, fuera en la noche, largas sombras movían los brazos amenazándome. Eran sombras altas como castillos y susurraban quedamente: “Buuú...”. El reloj de un campanario tocó las doce horas de la noche... Las sombras seguían amenazándome... Eran árboles, cipreses del huerto que rodeaba la casa-prisión.

“Cien Chirlos” respiró aliviado... y con el labio inferior colgante continuó escuchando.

—La celda era demasiado grande para mí solo. En sus blancas paredes resbalaban bailando negros esqueletos. Reflejo de las ramas, cuyos espacios creaban en la pared la ilusión de huesos en ronda de zarabanda... Iba ya invadiéndome el sueño, cuando percibí netamente dos llamadas. Dos toques de esos que damos con los nudillos cuando queremos entrar en algún lugar cerrado.

El Pirata Negro chocó su puño izquierdo lenta y débilmente contra el banco.

“Cien Chirlos” miró con recelo al banco.

—Apreté los párpados, pero al repetirse las dos llamadas miré hacia el cristal de la ventana. Percibí sudores en mi cogote. Pegados al cristal por la parte de fuera, dos ojos crueles y grandes me miraban devorándome con la vista. Cerré los míos, sin fuerzas ni para respirar... Y junto a mi oído una voz susurró: “¡Chuit! ¡Chuit!...”.

—¿Era... era el “trasgo”... que te habla...ba en su lenguota?

—Así me parecía, guapetón. Seguí con los ojos cerrados. Murmuré: “Bien sabes, amigo mío, que me acongoja tu muerte. Si eres tú, quien ha venido para hablarme, dímelo, y ya no tendré

miedo". Pero sólo oí como respuesta: "¡Chuit! ¡Chuit!...". Y en la noche, pegados al cristal, dos ojos grandes, atroces, devoradores, me seguían fascinando con fijeza. En los blancos muros, la zarabanda de calaveras, reía, reía... Me levante de un salto, corrí a la ventana, donde apoyé mi frente contra el cristal, mientras temblaban mis rodillas y sentíame a punto de aullar de miedo. Puse mis ojos delante de los ojos cuya presencia no podía comprender... Y una lechuza voló hacia el ciprés, cuya rama alta era la que chocaba contra el alero de la ventana, impulsada por el viento, y semejando llamadas...



*...dos ojos crueles y grandes me miraban...*

El Pirata Negro rascóse la nuca, sonriendo.

—Pasé unos instantes atroces. Y ya veis, era una lechuza. Moraleja de mi cuento: lechuza es todo lo que nos causa miedo. Lo que hay que saber hacer, aunque las rodillas se nos nieguen, y el vello se nos erice, es ir a explicarse el motivo de nuestro miedo. Si me hubiera cubierto con la manta para no ver los ojos ni oír el grito de la aburrida lechuza curiosa, habría amanecido empapado en

sudores y agonizando de pavor contenido. Y ahora, compadres, el cuento de hoy se ha terminado. A la cama me voy.

Apoyóse el Pirata Negro en su codo izquierdo y, mal que bien, dobló el cuerpo hasta colocar la cabeza en el hoyo de su brazo, entre el bíceps y el antebrazo.

—Buenas noches, señor—dijo “Cien Chirlos”, imitándole—. Pero... ¿y si la lechuza no hubiera sido una lechuza?

—¡Lo era, so animal! Buenas noches.

Diez minutos después los forzados dormían. El rudo ejercicio del remo les daba un profundo amodorramiento.

El Pirata Negro mantenía los ojos abiertos. Pensaba en su hijo y en las dificultades que entreveía para huir de la actual y oprobiosa situación en que se encontraba. Casi imposible iba a ser el lograr liberarse del...

Parpadeó. Ante sus ojos, dos pupilas pardas, malévolas, le miraban fijamente.

—¡Tate!—musitó Carlos Lezama—. ¿Por dónde has entrado, lechuza?

Levantó un poco la barba hasta apoyarla de plano en el dorso interior de su antebrazo.

El rostro del “Presuntuoso” rozaba el suyo, y los ojos totalmente abiertos estaban clavados en el semblante del Pirata Negro.

—Hay algo en ti que me atrae y que me repele—murmuró “El Presuntuoso”. Ríes y cantas, pero te presiento duro al dolor, tan duro como nuestro banco.

—¡Hora es de dormir, “Pedante”! O de soñar despierto. ¿Te dió la noche charlatana?

—Antes me dió la llorona. Y no te reíste de mí. Hiciste callar a los demás. Gracias.

—¿De qué?

—No te burlaste de mi dolor, ni de mi desventura. Porque sufro, inocente, desde hace un año, penas sin fin, entre criminales y perdularios. Tú, aunque pirata, me atraes... y me das cierto miedo. Quiero contarte mi tragedia.

—Cuéntasela a tu hermana, si la tienes, cuando la veas, si la ves. Me bastan los cuentos que yo enjareto.

—Me repeles porque tienes modales de hombre al que siempre todos han temido. Me atraes porque de toda esa caterva de



sanguinarias bestias sólo tú tienes en los ojos luz de inteligencia.

—¿Quieres cerrar la alcantarilla, “Pedante”? Podría darte un testarazo.

—Dámelo. Pero tengo que hablar. Me envenena el silencio en que por espacio de un año vengo soportando la injusticia de mi destino.

—Aguántate, que para eso te han amarrado, quejicón. Y si te duele el estómago, apriétate el nudo del taparrabos.

—Escúchame. Te lo suplico. Dijiste que desahogarme hablando me haría bien.

—Revienta. Si tú te mueres, y te zambullen en el mar, no por eso será más ligero mi remo.

La conversación de los dos hombres, rozándose los semblantes y casi tocándose las frentes, con los cuerpos doblados encima del banco, era sólo oída por ellos mismos.

Alrededor todo era silencio, turbado sólo por los ronquidos y gemidos suspirantes de los durmientes. El cómitre piloto y los dos cómitres de guardia vigilaban sin preocupación, ya que la marea humana de cuerpos postrados no tenía otros movimientos que los escasos que sueño y cadenas les permitían.

—¡Por tu madre te lo suplico, pirata! Un oído donde mi aflicción resuene... y mañana volveré a ser el de siempre. ¡Por tu madre, pirata!

—Habla. Has lanzado la única nota que puedo oír y que podía convencerme. Habla cuanto quieras, y si me duermo, no me despiertes, porque te acogoto.

“El Presuntuoso” carraspeó y fué diciendo con voz monótona:

—Los cómitres me apodan “El Presuntuoso” porque al principio de empuñar el remo hablé de mi sangre noble y de mi costumbre de bien vivir. Me llamo Hernando Inchausti del Olmo. Nací hace veintiséis años en Santisteban, en la tierra de Navarra. Rico y segundón de casa noble, viví feliz hasta que la conocí a ella.

—Ya asomó ella. La quisiste y no te quiso, o te quería y no la quisiste. La raptaste para amarla o la mataste para que te dejara en paz. Déjame a mí dormir en paz..., que tu cuento es pobre para un del Olmo rico y noble.

—Era como un ángel. Me dieron ansias de rezar al verla... Y por ella murió mi madre, y quebróse en duelo el pecho de mi padre al

no poder resistir la muerte de su esposa. Y ella es la responsable, porque tras ella vine a las Américas, y mis padres, sin mí, se apagaron, porque yo era la única luz en la escasa vela de sus existencias.

—Oye, caballero Inchausti. También murieron mis padres. ¿Te lo he contado? También ha habido “ellas” en mi pasado. Unas murieron, otras se fueron. Me olvidaron, y las olvidé. ¿Te lo he contado? Trágate la lengua, que tu tragedia nada me enseña. Es vulgar, es humana.

—Oye el resto. Bien dijiste al que llamas “guapetón” que en toda narración hay prólogos. Mi hermano marchó de casa mucho antes de que yo fuera a Madrid para un asunto de fincas y escribanos. En Madrid la conocí, y tras ella fuí a Cádiz cuando embarqué...

—Navega ya de una vez, que es tarde y quiero dormir.

—Maté a mi hermano por culpa de ella.

—Entonces, querubín, por muchos años que remes siempre serán pocos. Antes te llamé rana y borrico. Me olvidé del pobre cerdo y de la inocente culebra. Por una mujer, todo es poco, si ella lo vale. Pero Caín era el bicho más repugnante del que he oído hablar. Te cambio el nombre. Ya no eres el “El Pedante” ni “El Presuntuoso”; eres el asqueroso Caín. ¿Y me lo cuentas, navarro? La próxima vez que me mires con orgullosa reprobación o tildes a los otros de “criminales”, nuestros pellejos van a convertirse en dos parches de tambor, porque los latigueros nos zumbarán, pero a ti nadie te devolverá la lengua. Te la arrancaré, hermoso.

—Maté a mi hermano... Pero fué ella quien me obligó...

La zurda del Pirata Negro se proyectó hacia adelante y en brutal revés chocó contra los labios y los dientes de Hernando Inchausti.

—Toma una prueba de mi afecto, Caín. Escudarte tras unas faldas era ya lo único que te faltaba para serme agradable.

Hernando Inchausti cerró los ojos mientras con la lengua intentaba restañar la sangre que resbalaba por las comisuras de su boca.

El Pirata Negro ladeó la cabeza y cerró también los ojos disponiéndose a dormir.

—Yo no sabía que era mi hermano — dijo el navarro monótonamente—. Ella me llamó, y sé de memoria sus frases. Hasta entonces había sido esquivia conmigo. Nunca me dejó decirle más de

dos palabras seguidas. Llamaba a otro, o me dejaba plantado. Y una noche me mandó llamar. “¿Vos seríais capaz de todo por mí?”, me preguntó. Le juré que nada me detendría si me dejaba tan sólo aspirar a amarla, sin ofenderla. Le recordé que por ella había abandonado a mis padres; que donde ella iba, tras ella iba yo. “Hay un caballero que, como vos, me sigue por doquier. Y bien que le conocéis.” “¿Mi hermano?” “No. Vuestro hermano sabe que nada conseguirá de mí. Es otro... que me calumnia. Osa decir que he sido suya.” Mi sangre hirvió al oírla, mientras ella proseguía: “Esta noche me aguarda en el jardín con cartas mías. Amenaza darlas a leer a todo el mundo. Nada contienen de pecaminoso, pero cometí la torpeza de prestar crédito a sus promesas de respetuoso amor”. “¡Decidme su nombre y le mataré en duelo!” “No quiero escándalo. Si yo misma tuviera el valor de matarlo, lo haría porque es un canalla.” Prometí cuanto ella quiso. Guardar silencio, discreción por vida... y ayudar a emparedar el cadáver en el muro hueco de un pabellón.

Hernando Inchausti elevó la voz con fatigosa respiración.

—El hombre esperaba cerca del pabellón, en el jardín, sentado en un banco. Por detrás hundí mi puñal entre sus hombros, deslizándome como un asesino al amparo de la oscura noche. Ella cubrió el rostro y el busto del cadáver con mi capa. Lo cargué en mis brazos. Y por espacio de dos horas fui con mis manos uniendo piedras y argamasa. Quedó el cadáver emparedado. Dos días después, me detenían.

—Bien. Y era tu hermano. Si no le hubieses apuñalado por la espalda, otro gallo te cantaría ahora, y yo no estaría oyendo tu cacareo de gallina.

—Me acusaron de robo y ultrajes. Protesté de mi inocencia. La llamé por testigo. Me acusó, con diabólica habilidad. Perdí la cabeza y narré lo sucedido. Un juez imparcial, sin tener en cuenta la alcurnia de ella, hizo desemparedar el muro que yo señalé... ¿Sabes lo que pasó, pirata?

—Si estás aquí y ella no te acompaña, es porque tú eras la mano asesina y fraticida, y porque a ellas no las traen a galeras..., lo cual lamento. Me distraería la vista, aunque fueran víboras como tu Dulcinea.

—Abrieron el muro, y estaba hueco, sí, pero también sin ningún

cadáver. Me dieron tormento por haber osado calumniar a la ofendida. Me condenaron a galeras por tres años. Esa es mi historia.

—¿Sí? Ganas me dan de propinarte otro manotazo, mujerzuela. Si al matarlo no sabías que era tu hermano; si su cadáver era para ti el de un desconocido; si luego no viste ningún cadáver cuando el juez te llevó al muro, ¿cómo demonios sabes que era tu hermano?

—Lo supe dos meses después, estando ya en galeras... Ella vino aquí, y al inclinarse delante de mí seguía siendo un ángel de pureza y candor, cuando me preguntó: “¿Padecéis, señor Inchausti?”. La insulté. Recibí varios latigazos, pero ella intercedió por mí, e, inclinándose, murmuró a mi oído: “El hombre al que mataste era tu hermano. Los dos me molestabais”.

—¡Tate con la niña angelical! Supongo que volverías a insultarla.

—Grité, repitiendo en voz alta la frase que ella acababa de murmurar en mis oídos. Un cómitre me azotó hasta dejarme sin sentido. Fuí llevado de nuevo ante el juez, y me acusaron de ser un monstruo forjador de calumnias horrendas contra ella, mi benefactora, ya que había solicitado que me rebajasen la condena. Y el juez reconocía que mi hermano desapareció a raíz de que fueron halladas las joyas de ella en mi aposento. Pero atribuían la desaparición de mi hermano a que huyó avergonzado por mi comportamiento. Y ahora sufro condena doble: seis años. Y ella sabe que moriré antes, sin poder resistir ese tormento. No es el remo, ni el diario tormento, ni mi condena, lo que me hace sufrir. Es el recuerdo de mi hermano... y de ella, la mujer por la cual maté...

El Pirata Negro respiraba acompasadamente: fingía dormir. Percibió los esfuerzos que Hernando Inchausti del Olmo hacía para que sus sollozos no fueran oídos.

A la mañana siguiente, ostentaba “El Presuntuoso” de nuevo su sombrío y hosco semblante, encastillado en su reserva.

El Pirata Negro no le habló, ni Hernando Inchausti abrió de nuevo la boca.

## CAPITULO III

### Una dama en la galera

La galera estacionóse, como siempre, en la bahía de Puerto Rico, donde permanecía cuarenta y ocho horas hasta que el Virrey despachase todo el correo y asuntos de las otras islas, en las que la galera recogía las carteras de documentos para ser entregados al Virrey.

Y al mediodía de la llegada de la galera, todos los forzados se preguntaron quién vendría, al oír el alarido de las cornetas y el repique de los remates de las alabardas.

Sonsoles Ávila, la hija del Virrey, se dignaba atender caritativamente las quejas de los forzados que considerase justas...

Empezó por los bancos de proa. Inclinábase al oído de algunos, que murmuraban unas confusas palabras de agradecimiento o torvas expresiones, citando en el interno “a la hija del marqués que aquí nos aherroja” o “esas palabras cariñosas para cuando libres estemos”...

Otras expresiones eran tan groseras, que los cómitres, indignados, azotaban a diestro y siniestro al que osaba ser tan inhumano que no agradecía las frases de consuelo de la nobilísima hija de Su Excelencia el Virrey.

Sonsoles Ávila exhibió ante “Cien Chirlos” su altivez de porte y su belleza nimbada por una sonrisa angelical.

—¿Me reconoces, pirata?—preguntó.

“Cien Chirlos” guardó silencio.

—Deberías agradecerme el que yo salvara tu cuello de la horca, pirata.

“Cien Chirlos” fué a hablar, pero prefirió callar, cerrando de golpe las mandíbulas, como si mordiera el aire.

Sonsoles Ávila sonrió amablemente y se detuvo ante el Pirata Negro.

—Y tú, pirata, ¿me reconoces?

Carlos Lezama señaló con la mano izquierda su barba, mientras reía en breve carcajada.

—¿Y tú me has reconocido, doncella? Si te gusta preguntar naderías en fútil visita caprichosa donde tus bienolientes faldas se manchan, ¿puedo yo preguntarte cortésmente a qué demonios vienes aquí? ¿A buscar marido?

Una correa restalló contra las espaldas del Pirata Negro.

Sonsoles Ávila, con la diestra, hizo ademán al cómitre de que no repitiera el latigazo.

—El remo no ha disminuído tu insolencia, pirata. Vengo aquí porque, si a alguno de vosotros lo veo arrepentido y me pide que implore clemencia a mi padre, lo haré gustosa.

—Pregúntaselo, pues, a mi vecino, Sonsoles Ávila. Yo sólo quiero una cosa de tu padre: retorcerle el pescuezo.

Rió ella, deteniendo otra vez el impulso del cómitre.

—Eres un infeliz, pirata. ¿No ves que morirás aquí si persistes en ser un bravucón y ofendes con fanfarronadas a quien dispone de tu vida?

—Yo dispuse de la suya y se la di. Aclárame una duda, hija del Virrey: ¿por qué intercediste por mí y no dejaste que me colgaran?

—Porque era más castigo para ti abatir tu orgullo de jefe, que quitarte la vida.

—Acertaste. ¿Y cómo, sonriendo tan dulcemente, puedes...?— interrumpióse de pronto el Pirata Negro lanzando una intrigada ojeada a Hernando Inchausti.

El navarro contraía los músculos y en su pecho había un jadear de fiera atormentada...

Carlos Lezama miró con repentino interés a la bella española.

—¡Tate, amiguita! ¿Quieres acercar tu oído a mi boca? Palabra de pirata que no te arrancaré la oreja a mordiscos. Soy joven y no quiero morir envenenado.

—Lo que puedes decir en voz baja, dilo en voz alta.

—Esa fué siempre mi costumbre..., pero eres mujer. En fin, allá va. Primero creí que tu visita era caritativa, aunque maldita la gracia que me hacía tu caridad. Ahora he cambiado de parecer.

—¿Sí? ¿Cuál es tu nuevo parecer?

—He oído rugir a las fieras heridas de muerte; la galerna más estrepitosa ha barrido mi puente con aullidos pavorosos; voces de agonizantes han ensordecido mis tímpanos; rayos, entrecruzándose, han cegado mis pupilas... Todo eso eran melodías suaves comparadas al dulce encanto de tu voz y al bello fulgor de tu candor juvenil. ¿No me comprendes? Me das casi miedo, Sonsoles Ávila. Hay en ti un monstruo de maldad... ¡y sólo ahora acabo de darme cuenta de ello!

Sonsoles Ávila sonrió, divertida.

—El remo ha debilitado tu seso, pirata. ¿Sigues pensando en huir de aquí?

—¡*Velay!*, que dicen por cerca de tu tierra. No sé si lograré quitarme la argolla, pero si lo consigo, acuérdate. Tengo que ahorcar a tu papaíto.

—¿Y a tu amigo Diego Lucientes? ¿Qué piensas hacer con él?

—El le enseñará a tu papaíto cómo se baila colgado de un cáñamo.

—Quiere casarse conmigo—dijo ella suavemente.

El Pirata Negro echó hacia atrás la cabeza, y su carcajada, estentórea y brutalmente burlona, logró irritar a la hija del Virrey.

Sonsoles Ávila hizo una seña al cómitre, que descargó su contenido furor con varios trallazos que restallaron contra las espaldas de Carlos Lezama.

Este siguió, riendo, y al fin exclamó:

—¡Si él se casa contigo prometo no ahorcarle!

—¿Y cuál es el motivo de tu generosidad?—preguntó ella, burlona, haciéndole señal al cómitre de que cesara en sus latigazos.

—Hay bodas que resultan más infernales que remar en una galera. Si tú eres la que yo supongo, bastante castigo llevará el madrileño al casarse contigo.

Sonsoles Ávila se encogió de hombros y avanzó de lado hasta detenerse ante Hernando Inchausti.

—¿Tenéis alguna nueva acusación que lanzar contra mí, señor Inchausti?—preguntó ella con dulce entonación.

—Algún día... algún día pagarás tus pecados—bisbiseó roncamente el navarro; y abatiendo la cabeza sobre el remo, rompió a llorar.

—Triste espectáculo, ¿no, bella Sonsoles?— sonrió el Pirata Negro, llameantes los ojos—. El mozo llora, olvidándose de emplear otro recurso mejor con hembras de tu especie... Yo le substituiré. ¡Ahí va en su nombre!

Lezama escupió a los pies de Sonsoles Ávila.

—Veinte latigazos—ordenó la hija del Virrey, fríamente.

—Pocos son—rió el Pirata Negro, escupiendo de nuevo—. ¡Cuarenta quiero! Los merezco, porque me has hecho olvidar que antaño fuí hombre galante. Pega bien el esbirro, Sonsoles. Es el mejor latiguero que tienes. No le conocía tal arte—y el Pirata Negro arqueó la espalda ensanchándola, mientras el látigo silbaba, e inmóvil Sonsoles Ávila iba contando los latigazos.

Al restallar el latigazo número treinta y cuatro, el Pirata Negro percibió, angustiado, que iba a perder el sentido.

Con un esfuerzo sobrehumano hincó salvajemente los dientes en su antebrazo. El sabor de la sangre le reanimó y oyó el número cuarenta.

Sonsoles Ávila preguntó, con una postrer sonrisa angelical:

—¿Quieres escupirme de nuevo, pirata?

Con los labios y la barba rezumando la sangre de su antebrazo, llagadas las espaldas y los hombros, Carlos Lezama, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo, murmuró:

—No... me queda saliva... Pero..., vuelve mañana...

Al marcharse ella, Carlos Lezama cayó como un fardo contra el remo, sin sentido.

Las vigorosas fricciones de agua salada y los palmetazos del cómitre le devolvieron a la realidad de los hechos.

Vió el rostro empapado en lágrimas de “Cien Chirlos”, que le miraba con la misma ansiedad que el perro que ha presenciado como apalean a su dueño.

Al otro lado del remo, el navarro sollozaba mudamente.

—¡Demontres! — rezongó el Pirata Negro—. ¿Es esto un templo de lloronas plañideras? Si por llorar me naciera una espada en la mano y sin cadenas me viese, lagrimearía a moco pelado. Mientras eso no pueda ser, prefiero cantar. Veamos si recuerdo la copla que Curro Montoya cantaba cuando estaba borracho de vino, de sol y de cansancio... como lo estoy yo ahora de furor...

—Ella...—susurró Inchausti—. Ella es la que...



—¡Tate! ¿Por qué crees que escupí, bellaco? ¿Para aclararme la garganta? Dime, “Cien Chirlos”: ¿cuál era aquella copla que cantaba el chiclanero “Piernas Largas”?

—¿La del buey que llevó flores a...?

—¡La recuerdo!

Y la voz del Pirata Negro elevóse, cantando:

“Lo que no mata, endurece...

Tortúrame cuanto quieras,

que te lo devolveré con creces

un poco antes de que mueras...”

# CAPÍTULO IV

## La bella de Boston

Curro Montoya, el chiclanero apodado “Piernas Largas”, se distinguía exteriormente por dos características: Sus piernas esqueléticas contrastando con su ancho tórax atlético, y la guitarra que siempre llevaba terciada al hombro, en bandolera.

Era un rufián espadachín y alegre; pero el hombre que andaba por las callejuelas bajas del puerto de Boston, aunque llevaba guitarra y sus piernas eran flaquísimas, no ostentaba la menor alegría en el rostro largo y caballuno.

Su propósito al visitar la naciente ciudad americana era netamente comercial: necesitaba desvalijar al colono más rico de todos los colonos ingleses.

Y estaba “tanteando” el terreno para orientarse. Necesitaba oro... Oro para enrolar una tripulación de hombres que ante nada retrocedieran.

Y cuando viera arder Puerto Rico, cuando no quedara un solo portorriqueño en vida, sólo entonces consideraría algo calmada su sed de venganza por la muerte en la horca de “él”, del hombre que había sido su jefe, el único hombre al cual el andaluz había respetado y obedecido ciegamente.

Creyendo que Diego Lucientes cumpliría su promesa de salvar la vida de Carlos Lezama<sup>1</sup>, había esperado por espacio de veinte mortales días en la Isla Verde, el lugar de cita que había señalado Diego Lucientes.

Después, con un “Aquilón” reducido a veinte tripulantes, estudió la posibilidad de abatirse una noche sobre Puerto Rico...

Como era inteligente, decidió posponer su venganza hasta que tuviera la seguridad de que el Virrey de Puerto Rico le mostraría la

lengua, mientras él, Curro Montoya, natural de Chiclana y apodado “Piernas Largas”, le fuese apretando el cuello lentamente.

Cada vez que pensaba en esto, las manos del andaluz se crispaban alrededor de los “trastes” de su guitarra, y las cuerdas, al hincarse en su carne, le recordaban que el Virrey estaba aún muy lejos.

Entró en un vasto caserón donde oíanse canciones, risas y jolgorio.

Boston rebosaba siempre de gentes de mar y de traficantes de ganado que venían del interior de Nueva Inglaterra; y los lugares donde se jugaba al naípe y los dados, mientras en un tablado que hacía las veces de escenario salían mujeres a cantar endechas, como ocurría en el “Merry Hall”, siempre estaban llenos de una concurrencia heterogénea y amante del bullicio.

Curro Montoya fué a sentarse en un rincón del “Merry Hall”, maldiciendo en su fuero interno.

“No saber hablar inglesado es cosa que da rabia—meditaba cejijunto—. Me informaría mucho mejor y antes de lo que quiero saber, sin perder noches y días yendo de sitio en sitio.”

Para reanimarse, rasgó en su guitarra tocando en amortiguado diapason, “por los bajines”, que decía él, cuando se sentía melancólico... Y canturreó en voz baja, porque estimaba deshonesto pulsar cuerdas y lucir su fino estilo de buen coplero para “los salvajes rubios que no paladeaban la ambrosía del canto jondo”...

Dióse la “entrada” exhalando un quejido que le salió sincero.

“¡Ayy...! ¡Aaaayyy!...

¡Qué “zolo” me dejaste en “er zuelo”,

y no eres la “mujé” de mis amores;

sin llanto me desespero y con duelo

porque...”

Interrumpióse pasmado al oír una voz femenina que, en perfecto español, murmuró a sus espaldas:

—Buenas noches, andaluz. Tocas con gran estilo.

La mano ricamente enojada que se posaba en su hombro, el brazo alabastrino y bien torneado en su blancura carnosa sin adiposidad, el rostro femenino de rasgos regulares, el cuerpo de opulenta belleza estatuaría... Toda la belleza de la mujer que le saludaba en español parecía haber convertido en piedra al andaluz

boquiabierto...

Pero no era la espléndida severidad hermosa de los rasgos de la inglesa Mary Dear lo que dejaba sin habla al locuaz chiclanero. Él había conocido a aquella mujer en trances trágicos<sup>2</sup>.

Él había contribuido a arrasar e incendiar en Quelch la mansión de aquella mujer que ahora le interpelaba.

“Piernas Largas” fingió ver por vez primera a Mary Dear.

—Me alegra oír chapurrear mi parla, y lo haces bien. Pero tú no eres española.

Mary Dear sonreía raramente. No sonrió tampoco al decir:

—Bien sabes que yo soy la inglesa de Quelch. La inglesa a la que tu jefe perdonó la vida.

—¿La inglesa..., mi jefe?—simuló balbucear “Piernas Largas”, mientras terciaba la guitarra sobre sus rodillas para tener más al alcance de sus manos la espada y el puñal—. Yo soy un español que con mi “tocante” al hombro voy por los puertos ganándome el arenque y el vino, y no tengo más jefe que mi serrana voluntad. Guapa moza eres y vistes ricamente. Pero yo no tengo oro para darte. ¿Me equivoco al suponer que buscas el oro en las bolsas de los que aquí vienen?

—Busco el oro donde lo encuentro, “Piernas Largas”.

El oír su apodo aumentó la intranquilidad del andaluz.

—Mis piernas no son cortas, no, inglesa. Pero me llamo Curro, y, aunque esté limpio de moneda y sucio de barro, puedo llamarte guapísima. ¿No?

Mary Dear sentóse al otro lado de la mesa ocupada por “Piernas Largas”, frente a él.

—¿Quieres beber, “Piernas Largas”? Yo te invito.

—¡Digo! ¡Y olé! ¿Soy de tu agrado por apuesto y bello?..—inquirió, condescendiente, el andaluz.

Tenía un concepto muy equivocado de su fealdad, considerándose irresistible.

—Te invito porque quiero saber dónde puedo encontrar a Carlos Lezama,

—Hablas de cosas que no sé.

—¡No seas estúpido! Aborda rectamente las verdades con la misma rectitud que yo lo hago. Aquí me llaman “la bella de Boston”. Nadie sabe que fuí la pirata Mary Dear. Tampoco saben

que tú eres un pirata que navegaba en el “Aquilón” a las órdenes de Carlos Lezama. No tengas, pues, miedo. Delatarte yo, sería delatarme a mí misma. Tal como yo saqueo las fortunas de los que pretenden mis favores, sigue tú saqueando tranquilo. ¿Te ha enviado el Pirata Negro a Boston para informarte de algo?

“Piernas Largas” recordó lo que una noche le había contado “Cien Chirlos”...

“...y a las diabras mujeres no las entiendo, pero tan claro como estoy viendo tu hocico, así de claro vi que la inglesa alta estaba loca por “él”...”

El andaluz sonrió, exhibiendo sus renegridos dientes.

—Sí. Me ha enviado “él”. Quiere saber dónde puede darse la “limpia”.

—¿“Limpia”? He residido en España años, pero no conozco tal expresión.

—¡Limpia!—se impacientó el andaluz, abriendo la mano y cerrando los dedos uno tras otro—. Está clarete. ¿Dónde puede uno toparse de manos a boca con un cofre repleto de oro?

Mary Dear estudió en silencio el rostro del andaluz.

—Estás mintiendo—dijo secamente. —Carlos Lezama no desvalija cofres.

—¡Claro que no! Pero... lo hago yo por él.

—¿Es orden suya?

—Sí.

La fría mirada de la “bella de Boston” molestó al andaluz. Era una mirada que le causaba la impresión de que su frente era taladrada.

—¿Es que tengo yo jeta de embustero? Arrímame el frasco que acaba de traer el mico rubio.

—Bebe, andaluz, bebe con calma. Recordarás que, tanto con la espada como con la pistola, me igualo a todos vosotros. Y a tantos hombres he oído mentir, que me es fácil adivinarlo. No sé si podrás entenderme: quiero saber dónde está Carlos Lezama, y te juro que si me mientes no saldrás vivo de aquí.

—A Curro Montoya, que es “mi menda golosa”, no le achican ni calzas ni faldas, ni espadas ni pistolas. Conque, si quieres gresca, inglesa, a mí se me importará muy poco darte un buen puñalón si lo buscas, que al llegar la hora de repartir cortes y pólvora yo no me

paro en detalles de si la mujer es mujer.

—Preferiría no pelear contigo, andaluz, porque te tiene en aprecio Carlos Lezama. Diez libras de plata te daré y podré indicarte dónde hallarás oro sin mucho riesgo, si me dices verazmente dónde está Carlos Lezama.

—¿Para qué quieres saberlo?

—No doy explicaciones. Contéstame sí o no.

Curro Montoya echó una ojeada a la sala; muchos ingleses... Allí la “bella de Boston” tenía siempre el naípe a su favor. Y el andaluz había apreciado que la inglesa llevaba joyas de valor.

—Escucha, inglesa. Yo quiero hablar a solas contigo, porque puedo contarte muchos secretos.

—Habla aquí sin temor. Nadie nos entiende. Son todos sajones.

—“Zahones” o no, pueden como tú y mi jefe hablar varias lenguas con una sola y no llevarlo escrito en la boca. Te hablaré, pero en tu casa, y soy tozudo. No me sacarás aquí ni media palabra más.

—Bien. Vayamos a mi casa, si así has de hablar. Te advierto que no me fío de ti.

—¿Será desconfiada?—gruñó, sonriendo el andaluz, tomando por testigo a su guitarra—. ¿La oyes, “Rosarito”? ¿Pues no desconfía de mí? Me ofendes, inglesa. Yo podré ser un tunante, pero a caballero no le gana nadie a Curro Montoya cuando la ocasión se presenta.

—De caballero no tienes más que las piernas de jinete—dijo fríamente la inglesa—. ¿Te gustan mis joyas?

—¿Tus... qué? ¡Ah! ¿Esos pedruscos? No están mal, no. Pero, oye, ¿andas bien de la cresta? ¿A qué viene el hablarme ahora de joyas?

—Las miras como el sediento atisba los frascos de vino.

—¿Será “inventona”?.. Ea, adiós, inglesa. Me voy..., a menos que me lleves a tu casa.

Mary Dear levantóse también. En sus desnudos hombros rutilaban las perlas al dirigirse hacia la puerta y reflejarse en ella las codiciosas miradas y las luces.

Un obsequioso lacayo se adelantó, tendiéndole una blanca capa de pieles, mientras avanzaba una carroza a la que subió Mary Dear.

—¡Olé el lujo!—exclamó el andaluz. —¿También son tuyos el

lacayo y el carricoche?

—Lo son. Sube.

Obedeció “Piernas Largas”, y ambos guardaron silencio durante el trayecto.

La casa era de una sola planta baja, y el salón en el que entraron tenía una lujosa comodidad. Bajo un espejo, en un rincón, había un gran cofre de tallada madera.

También en una de las paredes, entre dos tapices, había una panoplia en la que se entrecruzaban dos espadas y bajo ellas dos pistolas de doble cebo.

El andaluz no se sentó. Miraba con atención cuanto le rodeaba. Mary Dear sentóse junto a la pared y bajo la panoplia...

—Ahora puedes decirme dónde se encuentra Carlos Lezama. Nadie más que yo puede oírte,

—¡Bonito cofre! —dijo “Piernas Largas”, señalando el bargueño.

—Repleto. En él guardo el oro que he ganado en dos años.

El andaluz abalanzóse hacia delante, espada en mano... Pero en vez de encontrar a una mujer indefensa, hallóse ante un acero que cimbreado acababa de salir de la panoplia, empuñado vigorosamente por Mary Dear.

Ceñudo, sin palabras, el andaluz cargó impetuosamente, contando con desarmar rápidamente a la mujer que se atrevía a presentar combate a un espadachín de su talla.

Mary Dear defendióse hábilmente del aluvión de estocadas, sin moverse... Cuando, exasperado ante una defensa con la que no contaba, la zurda del andaluz bajó a su cinto en busca del puñal, Mary Dear extendió también el brazo izquierdo, sin dejar de formar círculos con la espada apartando las mortales asechanzas del acero de “Piernas Largas”...

De la panoplia cogió una de las pistolas de doble cebo y serenamente ordenó:

—Envaina, “Piernas Largas”.

Dispuesto a jugarse el todo por el todo, “Piernas Largas” saltó hacia delante. Un seco altibajo de la inglesa hizo saltar la espada de su mano, y halló ante su rostro el cañón de la pistola firmemente empuñada.

—Deja caer el puñal al suelo, o dispararé.

“Piernas Largas” examinó la fría compostura de Mary Dear, que

con atenta mirada vigilaba el menor de sus ademanes. A regañadientes dejó caer el puñal...

—Creo que en tu tierra le llaman a lo que te ocurre “ir por lana y volver trasquilado”—dijo sin sonreír la inglesa—. ¿Para qué querías robarme?

Encogióse de hombros el andaluz.

—¿Yo, robarte? ¡Si era una broma que...!

—No quiero matarte, “Piernas Largas”, pero dispararé si sigues siendo un necio. Dime ¿para qué querías robarme?

“Piernas Largas” comprobó que el cañón de la pistola seguía apuntándole sin vacilaciones. Volvió a encogerse de hombros.

—Bueno. Te lo diré porque creo que ya poco me queda por hablar. Eso sí, inglesa, mejor harás en dejarme marchar... Podrás disparar, pero, aun con plomo en mis carnes, te agarraré y...

—Te he preguntado por qué querías robarme. Habla con sinceridad.

—Te lo diré, porque creo que poco más me quedará por hablar. Necesitaba oro... para “él”, para vengarle, para arrasarlo Puerto Rico..., porque el Virrey lo hizo ahorcar, y yo quería estrangular al Virrey. Pero estoy con veinte hombres tan sólo. Y el “Aquilón” con veinte bergantes no podía atacar Puerto Rico.

Mary Dear crispó los bien dibujados labios...

—¿Murió ahorcado? ¿Y cómo conseguiste tú escapar con vida?

—Me ordenó que le aguardara en el “Aquilón” cuidando de los niños. Y vino el señor Lucientes, ¡mal rayo le parta!... Se llevó a los niños, desarmándome, porque maneja el pincho tan bien como tú. Me prometió que no le ahorcarían a “él”, y me dió cita en la Isla Verde. Pasaron los días, y al fin, desesperado, vine aquí...

—¿Cómo, sabes que Carlos Lezama murió ahorcado?

—Saberlo por mis ojos, no lo sé. Pero el señor Lucientes me dijo que al mediodía debían ahorcarlo a “él”, y también me dijo que el Virrey le debía cierto favor, por lo que intercedería para pedir su vida... Pero ni Diego Lucientes ni el señor volvieron a la Isla Verde..., y por eso yo quiero reunir oro...

Abatió la cabeza sobre el pecho el andaluz...

—Ahora puedes hacer conmigo lo que quieras, inglesa. Mejor será que me dejes marchar a probar suerte en otra parte. También iré a morir, pero déjame que sea en Puerto Rico y apretándole el



gañote al Virrey. “Él” lo era todo para mí. Como decía el bruto de “Cien Chirlos”, con “él” respirábamos y su risa era nuestro sol...

—Si, como dices, Diego Lucientes prometió que no consentiría que le ahorcasen y el Virrey le debía favor, ¿no puede ser que Carlos Lezama se encuentre enterrado vivo en alguna prisión-fortaleza?

“Piernas Largas” levantó la cabeza rápidamente. Una repentina esperanza le invadió... Volvió a abatirla...

—No. Mi señor era demasiado orgulloso. Antes que preso, preferiría que le ahorcasen. Cuando le hablasen de clemencia, cierto estoy que insultaría al propio Virrey hasta exasperarlo y lograr la muerte... Déjame marchar, inglesa. Reuniré oro en otro sitio y, tarde o temprano, el Virrey de Puerto Rico lamentará lo que hizo.

—Yo puedo darte el oro que necesitas para enrolar una tripulación.

“Piernas Largas” bizqueó, con lo cual su rostro nada ganó en hermosura.

—Bromeas, inglesa..., y esto me calienta la sangre más que la amenaza de tu pistola—dijo ceñudo avanzando un paso.

Mary Dear se sentó, dejando reposar la pistola en el regazo de su falda.

—Torpe eres, andaluz, al no haber adivinado que yo... quiero a Carlos Lezama como nunca a ningún hombre quise, y por él estoy dispuesta a hacer cuanto pueda una mujer como yo.

“Piernas Largas”, asombrado, sentóse en un escabel frente a ella.

—Escucha, andaluz. Te daré oro para reclutar una tripulación con la que convertir “su” barco en un poderoso medio de ataque. Pero, piensa que es necesaria la astucia. Si atacamos para vengarle, será cuando estemos seguros de que ha muerto ahorcado. No podemos atacar si está preso. Le matarían...

“Piernas Largas” dejóse resbalar e hincó una rodilla en el suelo.

—Soy un rufián, inglesa. Nada valgo..., pero porque tú le quieres..., yo soy tu esclavo... Mándame, y te obedeceré...

\* \* \*

Un velero holandés que efectuaba el correo regular entre Nueva Inglaterra, las islas antillanas y Rotterdam vino a recalar en la bahía portorriquense.

De su cubierta partieron unas pasarelas, por las que, retenida en

su descenso por unas sogas, fué desembarcada una lujosa carroza.

Un lacayo rubio ayudó a subir un equipaje voluminoso y, poco después, una dama de llamativa figura ocupó el asiento de la carroza, destacándose entre los almohadones de rojo carmesí.



*un lacayo rubio ayudó a subir un equipaje voluminoso...*

Y el cohero, obedeciendo a la indicación del oficial de servicio en el puerto, fustigó a los dos caballos hasta detenerlos ante el edificio en cuya verja dos infantes españoles montaban la guardia.

El capitán Palacios se puso en pie al entrar la recién desembarcada.

—Soy inglesa, señor. Y extrañada he oído por boca de un oficial que tenía que presentarme ante vos.

El español que Mary Dear hablaba era correctísimo, aunque con desinencias extranjeras, que aumentaban la musicalidad de su acento.

El capitán Palacios abrió las dos manos en ademán de excusa.

—Cumplimos órdenes superiores, señora. Favorecedme tomando asiento. Su excelencia el Virrey nos exige que le informemos de cualquier llegada de viajeros a Puerto Rico.

—Me llamo Mary Dear, procedo de Boston, soy viuda de un marino británico y me dirijo a mi patria. Pero, por lo largo del viaje, pienso descansar aquí hasta la otra llegada de barco correo.

—Gracias, señora—dijo el capitán Palacios tomando nota—. Es un trámite enojoso, que os ruego excuséis.

Y poniéndose en pie inclinó el busto.

—Aunque en modesta escala, permitidme daros la bienvenida en nombre de su excelencia el Virrey. Si España no mantiene muy cordiales relaciones con Gran Bretaña, la hospitalidad española es siempre la misma, y en Puerto Rico os deseo un cómodo reposo, señora. A vuestros pies, y tenéis en mi un servidor obediente.

—Agradecida, capitán. ¿Dónde me recomendáis que me aloje?

—En la hostería del posadero gallego: “Nueva Luz”. Dispone de ricas habitaciones y sólo es frecuentada por gente de alcurnia.

Al marcharse Mary Dear con una postrer inclinación de cabeza, el capitán Palacios atusóse el mostacho.

—¡Diantres! Bella mujer, aunque seria como un “paternoster”. Debe de ser hermosísima cuando sonrío...

Y el capitán Palacios se atusó de nuevo el mostacho. En la posada “Nueva Luz” intentaría hacerla sonreír... Llamó a su ordenanza.

—Galopa, belitre, hasta la fonda. Dile a maese Piñeiro que si la inglesa que va a ir en busca de habitación no se aloja en el segundo rellano, corto las orejas de un gallego llamado Piñeiro.

Partió corriendo el ordenanza.

El capitán Palacios se alojaba en el segundo rellano del “Nueva Luz”.

# CAPÍTULO V

## **Diego Lucientes se complica la existencia...**

Sonsoles Ávila no iba ya a bordo del “Madriles” a recibir sus lecciones de idiomas. Había invitado al madrileño a que viniese a palacio. Y Diego Lucientes acudía a la sala, que, abriendo sus grandes ventanas al jardín de la mansión del Virrey, era el lugar donde Sonsoles Ávila sentíase más dispuesta a alternar la lección con el intercambio de mutuas insolencias.

Diego Lucientes estaba apoyado contra el cristal, mirando el cuidado jardín, cuando, al oír pasos a sus espaldas, volvióse creyéndose encontrarse frente a Sonsoles Ávila.

Quitóse prestamente el tricornio al ver a Olalla, la esposa del Virrey.

Aunque mujer ya madura, Olalla Ávila poseía en sazón la dulce belleza que había legado a su hija.

—Buenos días, señor capitán. Sentaos. Mi hija ha de tardar. Está en el baño. Deseo hablar con vos.

Diego Lucientes aguardó a que la esposa del Virrey se sentara. Lo hizo entonces, íntimamente intrigado. Desde su llegada a Puerto Rico sólo había oído frases banales de agradecimiento de Olalla Ávila.

—No puedo olvidar que, gracias a vos, Puerto Rico fué salvada del ataque filibustero.

—Azar de las circunstancias, señora.

—Tampoco... olvido que, gracias a vos y al pirata Lezama, tuvimos vida salva en la ciudadela pirata<sup>3</sup>.

—Vuestro esposo lo olvidó, señora.

—No tal. Ya que perdonó al pirata de muerte por horca.

—Perdonad, señora. Os tengo el mayor respeto, pero me molesta

oír de vuestros labios la palabra “pirata” cuando al caballero Lezama os referís. ¿Podemos con vuestra venia cambiar de conversación?

—¿Os molestará que os recuerde que mandáis en un Tercio de aventureros que tripulan un bergantín aventurero?

—No puede molestarme lo que cierto es, si por aventura entendemos el correr libremente al albur de lo que se presenta.

—Entonces, ¿por qué permanecéis en Puerto Rico?

—¿No soy huésped de honor?—preguntó Lucientes sonriendo burlonamente; y su rostro de granuja resultó simpático a la esposa del Virrey.

Avanzó ella una mano que colocó en el único antebrazo del pelirrojo.

—Os quisiera dar un consejo, señor capitán. Podéis ser mi hijo y como a tal os voy a hablar. Marchaos de Puerto Rico cuanto antes mejor.

Diego Lucientes rió divertido.

—Al menos vos sois clara como el diamante. ¿Por qué queréis que me vaya? ¿Por aventurero?

—Porque deseo evitaros complicaciones en vuestra existencia.

—¿Se llama “Sonsoles” la complicación?

Olalla Ávila asintió con melancólico ademán.

—Es mi hija, señor Lucientes. La quiero tal como es...

—Yo también—dijo con un guiño de truhán el madrileño.

—Tratad de pensar seriamente, Diego Lucientes. Ella no es para vos...

—¿Porque nació en cuna marquesa?..

—Los linajes no son obstáculo si hay amor. Pero ella sólo se quiere a sí misma. Os haría desgraciado... No debería hablar así de mi hija, pero siento simpatía por vos, señor estudiante poeta. Sois un aventurero sin maldad, y si a las ocultas caballerosidades se les diera título, vos seríais príncipe.

—Gracias, señora marquesa—dijo sinceramente el madrileño—. Eso me compensa de las muchas veces que vuestra hija me llama “fullero plebeyo”. Agradezco la intención que ignoro os inspira al aconsejarme lo que no pienso hacer, y que es renunciar a hacerle la corte a vuestra bellísima hija, digno espejo en el que miráis vuestra belleza.

Olalla Ávila sonrió con extraña tristeza.

—Físicamente os doy gracias por el cumplido, señor estudiante. Moralmente..., no. Abandonemos esta conversación que me es dolorosa. Presiento que nada ni nadie podrán haceros renunciar a lograr el amor de Sonsoles. Pero hay otra materia que os pone en peligro. Mi esposo teme que al quedaros entre nosotros pretendéis liberar al que fué vuestro amigo y jefe... de perniciosas correrías.

—En una de estas reprobables correrías, señora, hubo tres personas de altivo linaje: el marqués del Aguilar, su esposa y su hija, que salvaron sus vidas gracias a un gesto caprichoso del caballero Lezama.

—No lo olvido. Por eso también mi esposo no lo condenó a la horca. Pero os apercibo del peligro que supondría el que acariciarais ideas perniciosas con respecto a liberar al pirata Lezama.

—La única idea perniciosa que acaricio, señora, es conseguir para siempre la blanca mano peligrosa de vuestra hija.

Sonsoles Ávila demostró su presencia con alegre risa cascabelera. Su madre se levantó, enlazándola por la cintura.

—Hay suegras, Sonsoles, que impiden que sus hijas se casen, porque al verlas se tiene el retrato futuro de la que ahora es bella. Pero con tal madre—y el madrileño se inclinó—, más que nunca veo en peligro mi integridad de soltero.

—Tiene desfachatez, ¿verdad, madre?—inquirió risueña Sonsoles.

—No es desfachatez el halagarme— replicó Olalla.

—Me refiero a la frase que oí al entrar.

—Me la habéis oído repetir distintas veces a vos misma, Sonsoles.

Olalla suspiró resignadamente, soltando el abrazo con que mantenía a su hija.

—Quise disuadirle de sus dos propósitos, hija mía.

—De los cuales sólo uno es cierto. El de que prefiero vivir peligrosamente junto a Sonsoles, a vegetar sin amores.

Al marcharse su madre, Sonsoles sentóse modosamente en el sofá que ella acababa de abandonar.

—¿Mi madre os dijo cuán malvada soy?

—¡Oh, no! Se limitó a suponer que para un manco es querer

mucho abrazar teneros a vos por esposa.

—Habláis de ello con una seguridad indignante. ¿No dijisteis hasta la saciedad que antes preferíais comerme asada...—y frunció ella la nariz en mueca de asco—...a casaros conmigo? ¿No asegurasteis que antes la muerte...?

—Sólo la gente inteligente cambia continuamente de ideas, amoldándose a las circunstancias, y ahora las circunstancias se han acumulado contra mí, Sonsoles. Os quiero.

—Yo no—dijo ella con naturalidad, espantando con la mano una inexistente mosca.

—Eso no es un obstáculo. Si también me quisierais, ya no sería tan interesante el juego. Os quiero por esposa, como el indio de la pradera se enamora de una jaquita rebelde.

—Este indio a que os referís se lleva muchas coces... y yo no soy ninguna jaquita. Vuestro léxico es vulgar y me disgusta.

—No me educaron para discutir con marquesas. Os quiero por esposa y os obtendré.

—¿Como se toma una goleta por abordaje?

—Quizá. En las mayores locuras mi sensatez se demuestra.

—Me dais pena, Diego Lucientes. Os preferiría insolente a suplicante.

—Ya habrá tiempo para todo, linda Sonsoles. ¿Tanto os repugno que no os atrevéis tan siquiera a pensar en la posibilidad de que yo sea vuestro marido?

—Como hombre no sois de despreciar, pese a vuestro medio brazo. Pero he rechazado los amores de mil cortesanos.

—Un cortesano no alcanza mi categoría, Sonsoles: es un hombre educado, blando, sin comprensión...

—Sois un aventurero, con vuestro barco por fortuna.

—Olvidáis que por muerte de mi primera esposa Gabrielle de Civry he heredado más fortuna que vuestro padre tiene. Poseo castillos en Francia.

—¿Castillos de naipes?

—Con los naipes sólo hago trampas, querida. Castillos, no, porque se derrumban al menor soplo. Tengo a bordo crujientes pergaminos que me dió en Kerdal, una aldea bordelesa, un notario. Se relacionan mis bienes heredados, y yo mismo, a quien el dinero tan poco importa, me asusta ver lo rico que soy.

Sonsoles Ávila ladeó la cabeza, examinando al madrileño con fugaz interés.

—¿Sabéis que casi me ablandáis? Mi padre es marqués y Virrey, pero no nadamos en oro. ¿Tenéis muchos escrúpulos, Diego Lucientes?

—Ignoro los que tú tienes, linda Sonsoles, pero creo que aun tengo yo menos que tú cuando algo quiero conseguir. Y ese algo eres tú.

—No olvides que hablas con mujer honesta, insolente.

—A veces lo olvido..., porque no lo creo. Otras, siento deseos de rezar al verte.

La repentina carcajada de Sonsoles Ávila extrañó al madrileño.

—¿Te causa hilaridad el que inspires deseos puros?

Sonsoles Ávila pensaba en la frase que un día también oyó decir a Hernando Inchausti del Olmo...

—No. Me gusta a veces tu romanticismo aventurero. Escucha, Lucientes: un día u otro, mi pobre padre morirá.

—Fatalmente es el sino de cada “quisque”, sea Virrey o no.

—Hay unas ordenanzas de “Leyes de Indias”, que estipulan que, a la muerte del Virrey, su hijo le sucede en el Virreinato, mientras el Rey ratifica o no la sucesión. Si el Virrey, a su muerte, posee hija casada, el marido ocupa interinamente el Virreinato... Dime, aventurero, ¿qué tal Virrey te sentirías?

—Los asuntos políticos me han dado siempre un infinito aburrimiento. Mal Virrey sería, porque todo el mundo reinaría menos yo. Mejor dicho, si estuviera casado contigo, tú serías la Virreina de Puerto Rico.

Los ojos de Sonsoles Ávila relucieron fugazmente también.

—Pero tu padre es hombre fuerte, Sonsoles. Que se muera cuando le apetezca, que yo no pienso llorarle.

Avanzó el estudiante la mano, asiendo la diestra de Sonsoles, que por excepción no forcejeó por liberarla. El pelirrojo la besó suavemente y volvió hacia arriba la palma satinada, donde depositó otro beso.

—Aquí tienes mi corazón y mi vida. Cierra la mano y preso estoy.

—Lo pensaré—dijo ella gazmoñamente.

Y el atractivo picante de su belleza engañadora hizo de nuevo



perder la cabeza al estudiante, quien la enlazó bruscamente por la cintura.

Sonsoles Ávila no se debatió. Tendió los labios, y cuando él iba a besarla, levantóse de un salto, acercándose a la ventana y riendo.

—¡Qué tonto sois, señor Lucientes! ¡Cuidado! Gritaré si os acercáis demasiado... Ha pasado la hora del juego...

Respirando fatigosamente, Diego Lucientes logró dominarse. Se acarició la barbilla y, al fin, sonrió burlonamente.

—Siento extraños impulsos de matarte, Sonsoles. Y nunca ninguna mujer me inspiró tales sensaciones. Eso será que te amo con locura.

\* \* \*

Una carroza atravesó el jardín y, deteniéndose ante la escalinata que conducía al despacho del Virrey, descendió de ella Mary Dear.

—No la conozco—dijo Sonsoles extrañada—. ¿Quién será esta dama?

Diego Lucientes miró hacia el jardín. Al ver la figura de Mary Dear parpadeó y olvidó por completo a Sonsoles...

El silencio duró unos instantes, y la hija del Virrey contempló extrañada la expresión asombrada del madrileño.

—¿Habéis visto a una aparición? —preguntó con un cierto resquemor.

Estaba acostumbrada a ser considerada la única mujer bonita, cuando con ella estuvieran, y atribuyó a la belleza de la desconocida el pasmo impreso en el semblante del madrileño.

—Es hermosa, muy hermosa—dijo el estudiante para disimular sus verdaderas impresiones—. Una estatua griega animada de calor y vida. Leche en el cutis, rosas en las mejillas...

—¿Repentino amor?—dijo ella sarcásticamente—. ¿Pensáis ofrecer a esta desconocida vuestros castillos de Francia?

—Lo meditaré. Primero tendría que oírla hablar. A veces, estas mujeres de tan bella apariencia, son pavisosas... Hay otras menos bellas, pero que son como el vaso de vino:

—No os comprendo.

—Hay bellezas que son como el vaso de agua. Aplacan la sed, pero no encantan al paladar... Y no quiero herir vuestros castos oídos, añadiendo que el vaso de vino sois vos...

—¡Qué vulgaridad es la vuestra! ¿Y pretendéis ser algún día mi

esposo?

—La remilgada zorrita suspiraba por el oso tosco...

—Mañana me lo contaréis.

Sonsoles Ávila abandonó corriendo la sala. Deseaba ver de cerca a la desconocida. Entró en el despacho de su padre, que estaba hablando con el oficial ujier.

—...cumplió, pues, al presentarse a la autoridad del capitán Palacios. ¿Para qué quiere verme esta dama inglesa?

—Dice que os debe pleitesía por ser vos, excelencia, la máxima autoridad.

—Si la Gran Bretaña reconociera en el mar la autoridad española, justo sería que esta señora me rindiera ahora pleitesía. Pero, en fin, la hospitalidad española me obliga a recibir a una inglesa, que es raza que no me agrada. Id a decirle que puede pasar. ¿Qué quieres tú, Sonsoles?

—Atenuar vuestra sequedad orgullosa, padre, recibiendo a vuestro lado a una ciudadana de la nación enemiga.

Encogióse de hombros Genaro del Aguilar, Virrey de Puerto Rico.

Mary Dear entró y su reverencia fué la adecuada. Ni extremadamente servil ni descortés. Genaro del Aguilar levantóse y correspondió con saludo galante, mientras Sonsoles, levemente inclinada, completaba la recepción.

—Sentaos, señora—ofreció el marqués del Aguilar—. Sé por mi ujier que habláis un perfecto español. España os agradece que no os encastilléis en el uso exclusivo del idioma británico, cosa habitual entre los de vuestra patria.

—España e Inglaterra se reparten el dominio del mundo, señor marqués —replicó la pirata, con su habitual sequedad majestuosa—. Hablo, pues, los dos idiomas. Vine, estimando que mi obligación era daros las gracias por la hospitalidad caballerosa que en Puerto Rico me ha sido otorgada.

Genaro del Aguilar examinó, con semblante hosco, a la hermosísima inglesa, que había sabido elegir vestidos de sencilla distinción.

—Sensible quedo a vuestra cortesía, señora. Permitidme que os presente a mi hija.

Las dos mujeres dedicáronse un frío saludo.

—¿Pensáis permanecer largo tiempo en mi ciudad?

—No, señor marqués. Ha sido una etapa en mi viaje. Viuda de un oficial británico, regreso a Inglaterra a retirarme en nuestras posesiones. Aguardo la llegada del otro correo europeo, que tocará puerto dentro de quince días.

—Deploro que tan corto tiempo no nos permita estrechar las relaciones de cordialidad que yo desearía que existieran, no ya entre súbditos de nuestras respectivas naciones, sino entre nuestros reyes.

Y Genaro del Aguilar se puso en pie, para significar claramente que la recepción había terminado. Mary Dear, con una última reverencia, salió del despacho.

—Inglesas o ingleses, son todos igual. Llegan cortésmente a cualquier sitio, pero dan la impresión de que se consideran los dueños—declaró Genaro del Aguilar ceñudamente.

—Vino a mendigar una palabra de elogio, padre. Y vos os mostrasteis algo duro.

—Hablando de durezas—y el Virrey miró a su hija con ojos despreciativos—, empieza a cansarme el que andes en compañía del aventurero Lucientes...

—Pienso casarme con él, padre—dijo ella suavemente.

Genaro del Aguilar arqueó las cejas, y su rostro se coloreó intensamente.

—No os enfadéis, padre. El señor Lucientes posee millones y castillos, y siento por él una gran inclinación.

—¡Es un... sin nombre! ¡Un aventurero!

—Viste con elegancia. Cuando quiere, habla con educación. Y es muy distinto a la turba de petimetres fastidiosos que pueblan vuestros salones.

Genaro del Aguilar miró con irritación a su hija. Levantóse... y volvió a sentarse, pesaroso.

—Antes... antes debí azotarte, hija mía. Si hubieses nacido hombre, serías un Lucientes...

—Quizás por eso quiero casarme con él, padre—dijo ella, respetuosa la entonación y bajos los párpados.

—Y quizás es preferible que te cases... aunque sea con ese plebeyo de casta inferior. Da mucho que hablar tu prolongada actitud, rechazando honestos caballeros que suspiran por tu mano.

—He dado alguna vez escándalo, padre?

—No. Debo reconocer... que la ardilla, comparada contigo, es un bichito torpe. Vete, hija; tengo que resolver asuntos más importantes que el de compadecer a quien elijas por marido.

Sonsoles Ávila levantóse y su reverencia fué la de una hija respetuosa... Pero el suspiro de Genaro del Aguilar era elocuente...

# CAPÍTULO VI

## La entrevista de dos piratas

Mary Dear iba a subir a su carroza, cuando una sombra alta se siluetó en la portezuela. Y en el marco de la ventanilla, Diego Lucientes sonrió, interiormente intrigado.

—¿Puedo aspirar al gran honor de obtener asiento a vuestro lado en tan magnífica carroza, señora?

Mary Dear, inmutable, examinó detenidamente al madrileño.

—Si un hombre como Carlos Lezama tenía confianza en ti, es porque tú debías poseer algo de su hombría. No pienso, pues, que pienses delatarme.

—No os conozco, señora—dijo el madrileño pálido, pero burlón—. Sois bella y os suplico con impertinencia que me concedáis el honor de acompañaros.

Ella subió a la carroza y recogiendo el vuelo de su falda, dejó un espacio libre a su lado.

—John—ordenó—: Por la alameda Mayor.

Diego Lucientes guardó silencio en los primeros instantes. Después murmuró:

—El mundo da vueltas, Mary Dear. Al veros, cualquiera diría que sois la más recatada de las damas inglesas.

—Al verte nadie pensaría que tú eres un traidor que abandonó a su amigo y le dejó morir en la horca, para cortejar impunemente a la hija del virrey. Poco tiempo llevo en Puerto Rico, pero el suficiente para haber oído hablar de ti.

—¿Qué haces tú en Puerto Rico?

—Viajo. Una etapa en mi viaje.

—Creo recordar que amabas a Carlos Lezama. ¿Recuerdas cuando las llamas iluminaban el cuarto de cuya viga pendía Ana

Honey? La muerte te aguardaba y tú, fría, dura e insensible, mirabas con sumisa devoción al hombre que te iba a colgar.

—¿Era para decirme eso para lo que quisiste venir conmigo? También recordaré que él te escupió a los pies y te dirigió miles de insultos que un hombre entero no acepta.

—Exacto. Y por eso espero ávidamente el momento en que, dándole libertad, pueda yo matarlo...

La mano de Mary Dear asió bruscamente la muñeca de Diego Lucientes.

—¡Repítele! ¿Qué has dicho?

Diego Lucientes desprendió su muñeca y miró sin simpatía a la inglesa.

—Si con la mujer que amo puedo ser rastrero, con las otras y con los hombres no lo soy, Mary Dear. Modales de pirata, a mí, no, querida, que todo el monte no es orégano.

Mary Dear hizo un gesto nunca visto en ella. Cruzó las manos en ademán de súplica.

—¡Por favor, Lucientes!... ¿Está vivo?

—Dime a qué has venido y te contestaré.

—A saber de él... porque le quiero.

—Bien. Nos igualamos, querida. Tú también te buscas complicaciones en tu existencia. Carlos Lezama nunca podrá amarte...

—¡Qué me importa!—y ansiosamente suplicó—: ¡Por favor, contéstame! ¿Carlos Lezama...?

—Vive. Pero está en un lugar al que tú no puedes llegar, por más bonita y mujer que seas. Poseo yo un bergantín y doscientos hombres, y aun no he hallado momento favorable para conseguir rescatarle de su esclavitud. Logré que no le ahorcasen, pero estoy vigilado. Esperan a que zarpe, pero sólo podré zarpar cuando la galera esté en el puerto. Y cuando yo me haga a la mar, entonces quitarán de la galera a Carlos Lezama para hundirlo en la mazmorra de alguna fortaleza y evitar que yo pueda abordar la galera en alta mar. Todo ello lo sé por Sonsoles Ávila, la hija del Virrey.

Dominando su íntima alegría, Mary Dear volvió a ser la flemática y fría inglesa.

—¿Haces el amor a la española por intentar salvar a tu antiguo jefe?

—¡Oh, no! Empecé con esa intención, pero me quemé las alas en la llama. Separemos ambas cosas: yo quiero salvar a Lezama... porque él o yo tenemos que morir. Pero a Sonsoles Ávila la quiero como nunca quise y... ¿Ríes? Nunca te he visto reír, Mary; deberías hacerlo con más frecuencia. Tu hermosura gana calor, y los que te vieran reír sucumbirían rendidos.

—Me río porque no tienes cura, español. Mujer que ves, mujer que te enamora. Me refiero a Sonsoles. Bien sé que conmigo no puedes sentir la menor atracción..., porque si antes te despreciaba... ahora me limito a reírme de ti.

—Reiremos ambos, ¿no te parece?— y la carcajada de Diego Lucientes estremeció a Mary Dear, porque le recordaba la brutal entonación de la risa del Pirata Negro—. Tú estás ansiosa por saber de Carlos Lezama, y él ni se acuerda de ti. Ahora que ya sabes que está con vida, ¿qué piensas hacer?

—Irme cuando llegue el barco correo—replicó ella, indiferente—. Algún día le encontraré, si, como piensas, tú le das libertad. No comprendo tu actitud, Lucientes. Si le dejaste que remara en una galera, él te matará.

—Hablarán las espadas. Y no quiero que me comprendas, bella inglesa. Me basta con que sepas que nada tengo de traidor; y ahora, con toda cortesía, te diré que te puede partir un rayo. Ordena a tu cochero que detenga la carroza.

—Sé que no me delatarás, español. Entre tus defectos, no está la vileza de mancharte en ardides de mujer.

—Mujerzuela me llamaste en una ocasión...

—Por esclavo de tus amoríos repentinos.

—¿Soy yo, acaso, el único hombre que se enamora repentinamente?

—No. Muchos otros he visto que también... se enamoraban de mí, como tú de Ana Honey, y ahora de la española.

—Me hablas casi con simpatía desdeñosa, Mary. ¿Será porque te apena ver lo idiotas que somos los hombres al enamorarnos de semejantes tuyas?

Y Diego Lucientes, satisfecho de sí mismo, descendió de la carroza. Era en plena Alameda Mayor, el paseo favorito de la sociedad elegante de Puerto Rico.

El capitán Palacios acercóse al madrileño atusándose el bigote,

mientras su chambergo describía un cuarto de círculo ante su pecho. Volvió a encasquetárselo, a la par que Diego Lucientes cubría sus pelirrojos cabellos con el tricornio.

—Sois insaciable, señor Lucientes. Cortejáis a la hija de Su Excelencia el Virrey y, a la vez, no demostráis temor de que os vean en compañía de la bella inglesa.

—Para comparar, capitán Palacios. Definitivamente, me quedo con Sonsoles Ávila. Es más encantadora. Y entre nosotros..., la bella inglesa acaba de decirme claramente que no soy de su gusto.

Rió contento el capitán ante la campechanía del madrileño. Un rival menos, pensó...

Pero la llegada de Sonsoles Ávila le hizo separarse del aventurero. La hija del Virrey descendió de su carroza y con sonrisa angelical acercóse al madrileño, en cuyo antebrazo hincó las uñas en feroz pellizco.

—Buenos días, señor Lucientes. ¿Un grato paseo?..—y añadió en voz baja—: No hagas aspavientos, bandido. Muy alta estoy yo, para que intentes darme celos paseándote en compañía de esta viuda inglesa. ¿La conocías?

—No. Y por eso quise conocerla. Es más bonita, ¿sabes?, más suave y más dulce que tú... Pero es pavisosa... Te prefiero a ti.

—Paseemos, maldito fullero—susurró en voz baja, mientras con encantadora sonrisa iba devolviendo saludos—. Yo lo perdono todo, menos que intentes ridiculizarme poniéndome en evidencia con la inglesa.

—Torpe eres, linda tontuela. Si me descubres un punto sensible, no te extraña que te hiera en él. Me honran tus celos.

—No lo son. Es orgullo. Quien, como tú, pretende mi mano, siempre ha de estar rosando mi falda.

—Dentro de quince días la inglesa se irá, encanto de mi vida. Antes de que ella se marche, cástate conmigo, porque... quizá en ella hallaría una esposa menos dominante que tú. Es una infeliz viudita recoleta que no tiene tu decisión... No pellizques, Sonsoles. Hay gente que nos puede ver... y me duele el brazo.

—Es extraño, aventurero. Me gustas cuando me doy cuenta de lo granuja que eres y lo falso que es el amor que me finges.

—Cástate conmigo, Sonsoles. No encontrarás en tu camino otra perla como yo.



—En el barro no se recogen perlas. ¿Y quién me garantiza que, una vez casados, no aparezca otra inglesa que te parezca bella?

—Siendo hija del Virrey, poco te costará ordenar que la maten... ¡Qué pocas mujeres podrán visitar Puerto Rico y salir con vida!

Sonsoles Ávila siguió saludando altivamente, pero con amable sonrisa, a los paseantes.

Su mano se apoyaba en el antebrazo del manco pelirrojo.

—Eres feo, truhán, y tu boca es grande. Te falta medio brazo... ¿Por qué me enamoré de ti?

—Castillos en Francia, millones de francos, un bergantín... Suma, y bien vale esto el cofre vacío del marqués del Aguilar. Eres romántica, Sonsoles, y yo también.

—¿Puedo decir a mi padre que anuncie nuestros esponsales?— inquirió ella, suavemente—. Habrá un baile de gala... y quizá semanas o meses después habrá otro baile de gala anunciando los funerales de un bandido vulgar y grosero llamado Diego Lucientes.

—Bailar me encanta, linda sensitiva. Procuraré hacerlo también en mis funerales.

# CAPÍTULO VII

## El eco de una guitarra

Mary Dear hizo detener la carroza al extremo de un malecón. Divisábase, desde aquella altura, la bahía de Puerto Rico.

Una galera mojaba su ancho casco pesado en las cercanías de una playa de donde ascendía un camino hasta desaparecer en el interior de una fortaleza: la fortaleza de Vieques...

Al atardecer, el capitán Palacios subió a la hostería “Nueva Luz”, donde se alojaba.

Su chambergo describió dos círculos completos cuando Mary Dear salía de su habitación...

—Buenas tardes, señora. ¿Os disponéis a dar un paseo?

—Hora es ya de cenar, capitán. A ello iba.

—Ved que cenar a solas me consume de aburrimiento. Si me atreviera, señora...

—Atreveos, capitán. Los Tercios de Flandes no cuentan con jefes tímidos.

—¿Puedo rogaros que os dignéis concederme el honor de que compartá vuestra mesa?

—Nada veo de particular en ello, capitán. Una dama siempre acoge con gratitud la compañía de un caballero.

Durante la cena, el capitán Palacios habló de muchas cosas, y sin darse cuenta hallóse explicando algo a que había sido conducido hábilmente por la inglesa.

—No temáis, señora. Nunca pueden escapar los forzados de la galera. Suponed por un instante que ataquen la isla, como ocurrió cuando los filibusteros americanos lo hicieron recientemente. Si la galera está anclada, inmediatamente la guarnición de Vieques se ocupa de traer a la fortaleza a cuantos forzados hay en la galera.

Vieques es el murallón que hay a la derecha del puerto... Es allí donde todas las noches, debo hacer media guardia...

—Habládme de otra cosa, señor capitán. Comprenderéis que no me interesa ya este tema, una vez que estoy segura de que no puedo correr peligro.

El capitán Palacios marchóse a las nueve de la noche, atusándose complacido el mostacho. En el umbral se cruzó con un largo individuo embozado en su capa y llevando terciada al hombro una guitarra... Las guitarras eran un instrumento muy corriente en Puerto Rico...

Desde el umbral, “Piernas Largas” fingió examinar la entrada de la hostería. Dió media vuelta, saliendo de nuevo al exterior.

Poco después Mary Dear abandonaba la hostería, entrando en su carroza, donde ya aguardaba en la obscuridad “Piernas Largas”.

La carroza rodó hacia los desiertos exteriores...

—¡Vive, vive!—bisbiseó ella con temblor en su voz.

Sintió en su diestra un húmedo contacto. “Piernas Largas” besaba su mano.

—¡Gracias, señora! Acabas de darme una de las mayores alegrías de mi vida... ¿Dónde está?.. ¿Podemos atacar ya? Los tunantes que he enrolado están ansiosos de pelea...

—Ten paciencia, “Piernas Largas”. No podemos fracasar si obramos con cautela. “Él” rema en la galera que está anclada en el puerto, bajo la fortaleza de Vieques.

—Tengo cien mozos... Voy por ellos y entro en la galera a cañonazos con el “Aquilón”, y “él” de nuevo a bordo de su velero, no dejará piedra sobre piedra...

—Modera tus ímpetus, español. La frialdad vence donde el acaloramiento fracasa. La galera permanecerá hasta mañana en el puerto. Después se hará a la mar, rumbo a la isla vecina de los Caimanes. Zarparás a medianoche, y aguardarás con el “Aquilón” en las cercanías de la isla de los Caimanes. No creo que te sea difícil el resto.

—¿Y tú, señora? ¿No vienes con el “Aquilón”?

—Quizá tu jefe desee volver a Puerto Rico. Hay una estratagema fácil de intentar. Fingir que la galera vuelve con sus forzados. En el camino que conduce hasta la fortaleza hay una entrada sin riesgo a Puerto Rico.

—¡Olé los talentos, señora!... ¡Viva Inglaterra..., porque tú eres inglesa! Cuando el Virrey cuelgue, volveré a besar tu mano. Hasta entonces, señora... Y conste que sólo llamo “señoras” a las que, bueno..., no sé cómo decírtelo..., a las que, aun siendo malas en apariencia, tienen un corazón de buena carne.

—No es bondad, andaluz; es amor...

—Llámalo como quieras, señora...

Y “Piernas Largas” abandonó el interior de la carroza, alargando el compás de sus piernas hacia el puerto.

\* \* \*

Carlos Lezama oía el runruneo de las conversaciones entre los forzados, que aguardaban en la galera anclada el reparto de la comida.

Hernando Inchausti seguía ostentando su hosco semblante sombrío. En el camino de regreso hacia Puerto Rico había recibido una tanda nutrida de latigazos, por haber estado cinco minutos sin sentido y, dejando de remar, haber caído agotado sobre el madero.

Un vómito de sangre había brotado de su pecho, empapando el mango del remo. La hemotisis habíase presentado...

El Pirata Negro no pronunció palabra alguna... Bastantes tragedias habían aureolado su existencia para que le impresionaran las profundas ojeras que rodeaban los ojos del navarro y el temblor que sacudía sus miembros...

Y fué Hernando Inchausti el que susurró:

—¡Me voy..., pirata!

—Feliz tú, muchacho, si piensas irte a dar un paseo por tierra firme.

—Bien sabes que quiero indicar que estoy “tocado”—y con la zurda se golpeó el pecho—. Esto no perdona. Mañana, cuando empuñe de nuevo el remo, volveré a escupir sangre... y moriré sin haberme podido vengar de ella.

—Morir es un trago que pasa deprisa, muchacho — dijo rudamente el Pirata Negro—. Es preferible, quizá, a que continúes envenenándote con tu tristeza.

—Escucha, pirata. Tú eres fuerte; tú no morirás. Hay en ti una seguridad que me hace pensar que, tarde o temprano, escaparás de galeras... ¡Quiero pensar que te escaparás!

—Lo mismo pienso yo, muchacho. ¿Por qué lo deseas tanto, si

nada te va ni te viene en ello?

—Sé que me vengarás.

—No, muchacho. Si te refieres a Sonsoles, a ella nada pienso hacerle. Es con el padre con quien tengo una deuda.

—Hay un pabellón en el jardín del palacio...—empezó a decir monótonamente el navarro—. Es de propiedad exclusiva de Sonsoles. En su muro derecho enterré yo a mi hermano. Lo reconocerías por un anillo con esmeralda y nuestro escudo, en el que hay una espiga de trigo y dos flores rojas, amapolas, en campo de plata. Si vieras este anillo, piensa en que pudiste tener un hermano y pudieron obligarte a matarlo. Nada más, pirata.

Carlos Lezama se encogió de hombros.

—No hagas testamento, buen mozo. Hay vómitos de sangre que nada significan. Puedes vivir muchos años... No es que se me importe tu pellejo o no... ¡Al diablo contigo!

Y, echando la cabeza hacia atrás, cantó el Pirata Negro:

“En la noche estrellada  
tus ojos me sonrieron...”

Un brusco silencio acogió su cantinela entre los forzados, y de pronto fué el mismo Pirata Negro quien enmudeció...

Una guitarra dejaba oír su tañido melodioso... Algún vagabundo trovador paseaba por el muelle... Pero la “bulería” tenía arranques especiales...

“Cien Chirlos” dormitaba, y engalló la cabeza como el dogo que olfatea una presa cercana... Iba a gritar, cuando la zurda del Pirata Negro se cerró alrededor de su muñeca en torsión brutal...

—¡Calla, guapetón!—susurró—. ¿O es que no tengo oídos?

Una voz bien timbrada entonó la “entrada” de una copla flamenca. Era el “jipío” clásico de “Piernas Largas” cuando entonaba por bulerías.

“¡Juu...uuayyy!...

Mucho te quiero, Rosarito...

Que en todo Chiclana no hay  
mocita de mejor palmito...”

El Pirata Negro lanzó una estentórea carcajada...

—¡Qué copla más mala!—rió, llameantes los ojos—. Me gana el bergante ese...

“Cien Chirlos” agachaba la cabeza, porque temía que los

cómitres vieran en sus ojos un brillo inusitado. Se figuraba que había luces como antorchas en sus pupilas...

La voz de “Piernas Largas” entonó de nuevo:

“Me tienes encerrado en amores,  
que como remos me tienen encadenado.

Pasado mañana los sinsabores  
se habrán para nosotros terminado...,

porque a mi suegra mataré  
y ligero andará mi velero...”

Uno de los cómitres rezongó:

—¡Juanelo! Vete por el coplero, y dile que se vaya a cantar a otra parte...

El Pirata Negro cantó con potente aviso:

“Que mi suegra me ronda,  
date el vuelo, guitarrero,  
que tus coplas ya no quiero.”

“Cien Chirlos” aguardó con ansiedad el regreso del cómitre Juanete. Y éste volvió, diciendo:

—Se marchó. Era un mozo de largas piernas flacas, y llevaba al hombro una guitarra. Un mendigo de taberna...

“Cien Chirlos” rugió sordamente, y sus ojillos miraron de soslayo al Pirata Negro...

—Lo mato, señor..., lo mato si tan sólo vino a cantar coplas.

—Estás deseando pelear con él, ¿no, guapetón?—dijo Lezama alegremente. —Mucho me he de engañar... si pasado mañana no tendrás ese gusto... Y ahora calla, guapetón. Seguimos en la galera, y aquí no ha pasado nada, tan sólo el eco de una guitarra.

Al mediodía siguiente, Hernando Inchausti cayó de nuevo sobre el remo. Por más esfuerzos que hicieron los cómitres y sus látigos, el navarro continuó inmóvil, hasta que el Pirata Negro gritó, con fiera imprecación:

—¡Hatajo de sayones! ¿No veis que está muerto? Quedó ya sin sangre en el pecho...

—Pero la hay en tus espaldas—dijo Juanelo el cómitre, descargando brutales latigazos contra el Pirata Negro.

Lezama siguió remando, mientras “Cien Chirlos”, al terminarse los latigazos que ensangrentaron los hombros de “él”, murmuró, abriendo de nuevo los ojos:

—Señor, lo quieras o no, tendré que ser indisciplinado cuando me vea libre de cadenas...

—¿Qué piensas hacer, guapetón?

—Amarrar a los cómitres y al Juanelo ese; el látigo se lo voy a meter boca adentro hasta que le salga por... bueno, por donde se sienta.

Dos cómitres cogieron por los pies al navarro, mientras otros dos le asían por debajo de las axilas...

—¡A la una!... ¡A las dos!...—cantaron los cómitres, balanceando el cadáver—. ¡A las tres!...

Oyóse el ruido mate de un cuerpo hendiendo el agua...

—¡Buen viaje!—comentó Juanelo el cómitre, riendo estúpidamente.

El Pirata Negro alzó hacia lo alto el poblado e hirsuto rostro.

—Si existes, dale consuelo a su tristeza, que es la que le mató, Señor. Y esa tristeza era arrepentimiento...

Pasado su instante sentimental, el Pirata Negro volvió a lanzar su alegre risotada...

—Uno menos, compadres —gritó—. Pesará, por lo tanto, menos la galera.

Y de nuevo la voz monorrítmica del cómitre piloto fué canturreando los compases del remo...

## CAPÍTULO VIII

### ¡Liberado!

Al caer la noche, “Piernas Largas”, en aguas cercanas a la isla de los Caimanes, reunió en el puente del “Aquilón” a sus cien tripulantes.

—Voy a hablar para las orejetas de los ochenta novatos. Aquella isla la llaman de los Caimanes. Un animalito traidor que se escurre en el agua y sin ruido se acerca a su presa. ¡Zas! Le hinca el diente, y ni se entera el que recibe el bocado. ¡Oídme! Somos caimanes, y no lagartos. Cuando se divise la galera, iremos al agua la mitad de nosotros...

—¿Y los caimanes? — inquirió, temeroso, uno de los oyentes.

El puño de “Piernas Largas” se abatió rudamente contra la frente del que acababa de hablar, y que cayó al suelo exánime.

—¡Al agua con él! Ese era un lagarto...

Dos de los “antiguos” cogieron al desvanecido y lo arrojaron por encima de la borda...

—Nosotros somos caimanes, ¿está claro? — argumentó el andaluz—. El que tenga miedo, que me lo diga. ¡Digo, ni na, ni na! Se le pasará pronto. ¡Hatajo de bribones!, como dice “él”. Los caimanes de verdad no se alejan más allá de una milla de su arena. Y estamos a más de cinco. Los únicos caimanes que habrá en el agua seremos nosotros, y si se acerca alguno se largará recogándose la cola por la peste que echamos. Al que, estando en el mar, salpique o haga ruido, le hundiré mi pincho en el cuello. Hay que subir por la galera como si en vez de hombres fuéramos sombras sin carne. Y tan sólo habrá una carne: la de los que en la galera empuñan los látigos. Por cada uno de ellos que me dejéis vivo, mataré a uno de vosotros. Creo que todo está claro. A esperar.





Hacia las nueve de la noche del siguiente día a la salida de Puerto Rico, “Cien Chirlos” murmuró:

—Hoy es “pasado mañana”, ¿no, señor?

—Hoy es hoy, guapetón. He notado que durante todo el día has remado con la fuerza de cuatro toros embistiendo. ¿Te sobran músculos?

—Me... sobra rabia, señor. Pienso en ese andaluz lenguazas, que...

—¡Rema, bribón, y no me calientes la sangre! ¿O es que crees que yo no estoy sentado sobre un banco que, más que madera, me parece ser una parrilla ardiendo?

Por espacio de dos horas siguió la obsesionante cantinela del cómitre piloto acompañando con el tambor los golpes de remo...

De pronto, el tambor cesó de sonar, y la voz del cómitre piloto desapareció con sus piernas, que vieron asombrados los que remaban como subían por el aire pataleando...

Sonaron varios gritos... Un enjambré de malencarados individuos entraron corriendo y esgrimiendo puñales... Los cómitres intentaron defenderse..

“Piernas Largas” corrió hacia los bancos de remeros, mirando ansiosamente alrededor suyo... y reconoció el característico semblante de “Cien Chirlos”...

—¡Olé, bruto de los brutos!... ¿Y “él”?..

Ningún cómitre respiraba ya. Fueron oyéndose los ruidos de sus cadáveres al ir cayendo al agua...

—¡A cubierta, vosotros!—ordenó el andaluz a sus hombres.

—¡Bien, valiente! Me alegra ver de nuevo tu hocico.

Y la estentórea carcajada hizo que el andaluz reconociera a su jefe. Vino corriendo a hincar una rodilla ante él, doblando la cabeza.

—¡“Mardito zea” el que “azí” te encadenó, “zeñó”!

Las escasas emociones del andaluz se traducían en un ceceo espantoso...

El Pirata Negro volvió a reír alegremente.

—Escucha, chiclanero. ¿Qué te parece si nos soltaras a mí y a tu buen amigo “Cien Chirlos”?

—Eso digo yo, ¡maldita sea!—estalló, furioso, “Cien Chirlos”—.

¿Pues no se mete a charlar, en vez de atender a su obligación?

“Piernas Largas” arrancó con un pesado martillo los grilletes que rodeaban los tobillos del Pirata Negro. Hizo lo mismo con la argolla...

Carlos Lezama levantóse despaciosamente. Dió unos pasos, tambaleándose... Hacía un mes y cinco días que no andaba... Miróse los tobillos, donde el hierro había dejado, al igual que en su muñeca, un círculo de amoratada carne...

“Cien Chirlos” rugió como una fiera pronta a embestir... Aullaban los demás forados pidiendo a gritos que les liberasen...

—¡Andaluz de mi perdición!—gritó “Cien Chirlos”—. ¡Ven aquí, maldito seas!

El “Pirata Negro” seguía ensimismado en profundas reflexiones. “Piernas Largas” se acercó al lugarteniente... Pasóle la diestra por la cabeza.

—¿Qué tal, carota? Te echaba de menos...

—Al mar te echo, si no... ¡Quítame los hierros!

—¿Por qué tantas prisas? Si estás en tu sitio, carota. Recuerdo que en una feria vi a un gorila sujeto que...

—¡Oídmeme!—gritó de pronto el Pirata Negro—. Pedís libertad y libertad se os dará. Entre vosotros hay hombres que estuvieron bajo mis órdenes. Lo volverán a estar... pero ¡ahora la galera seguirá su ruta!

Elevóse un coro de extrañadas exclamaciones...

—La galera iba a la isla de los Caimanes... Haremos tiempo en el mar hasta el amanecer... Mañana por la mañana la galera había de regresar a Puerto Rico. Regresará...

Otro nuevo coro de aullidos se elevó...

—¡Callad, hatajo de bribones! ¡Asnos! ¿Os basta con quedar libres del remo? ¡A mí, no! Al amanecer me sentaré de nuevo al banco y remaré con vosotros. Llegaremos a Puerto Rico pasado mañana por la noche. Avanza, chiclanero. ¿Cuántos hombres tiene el “Aquilón”?

—Cien... Digo, noventa y nueve.

—Todos vendrán a bordo de la galera con todo el armamento y cañones, menos cinco que tripularán el velero. Os juro que no habrá sangre derramada en balde, y que Puerto Rico será nuestro.

El coro de aullidos fué ahora de entusiasmo. El Pirata Negro

elevó los brazos...

—No os confundáis, compadres—dijo sonriendo con dureza—. Os daremos libertad, pero no quiero libertinajes ni saqueos. Puerto Rico es español y yo soy español. Colgaré al Virrey, porque tal es mi capricho. Pero ningún otro habitante sufrirá daño, que no tienen culpa de que empujemos remo.

“Piernas Largas” acudió junto a “Cien Chirlos”, liberándolo. El lugarteniente se puso en pie, y para desfogar su contento aplicóse en el pecho dos bestiales puñetazos que resonaron sordamente...

—Oídmelos todos, compadres. Entraremos primero en la fortaleza próxima al lugar en que ancla la galera. Una vez allí, el resto ya lo estudiaré sobre el terreno. Quien mate por matar, será colgado. Y ahora, vosotros dos, dadle al martillo. Quitadles los hierros a todos...

Media hora después, el andaluz, secándose el sudor, vino con “Cien Chirlos” a detenerse ante el Pirata Negro.

—¡Bien, chiclanero! Nunca he abrazado a hombres de tu apastosa presencia... ¡Ven a mis brazos!

Las costillas del andaluz crujieron, y “Piernas Largas” guiñó hacia el lugarteniente. “Cien Chirlos” envidió la suerte dolorosa del abrazado...

—Traigo... jabón y navaja a bordo, señor—balbució el andaluz, mientras recuperaba su respiración.

—¿Eres mercader?

—Y tu ropa, señor.

—¡Ya! ¿Quieres que me asee? No, chiclanero. Será un forzado barbudo el que pida cuentas al Virrey de Puerto Rico. ¿Cómo diste con nuestra galera?

—Fué ella, señor. Ella es la que me dió el oro. Ella es la que todo lo planeó. Ella es la que te ama...

—¿Quién demontres es ella?

—Mary Dear, la inglesa.

El Pirata Negro apoyó los dos puños en sus caderas y rió; pero en su risa había amargura.

—Una lección curiosa, chiclanero. Nunca pude suponer que Mary Dear pensara en salvarme de cadenas.

—¡Tú le diste vida salva, señor!— rugió “Cien Chirlos”.

—También se la di al Virrey, y me encadenó a galera... Y una

pirata, una mujer galante... da a todo un señor marqués lecciones de agradecimiento...

Guardó unos instantes de silencio, y al fin preguntó:

—¿Dónde está Mary Dear?

—Quedóse en Puerto Rico, señor. Dijo que había una estratagema fácil de intentar... La que tú has pensado.

Sin hablar, el Pirata Negro subió a cubierta.

En la cala, “Cien Chirlos” se encaró con el andaluz.

—¿Por qué has tardado tanto, “Piernas Largas”?

—¡Digo! ¿Ese es tu agradecimiento, carota?

—“Él” ha estado día tras día como uno de nosotros. Y “él” no se merecía, lo que era bueno para ti o para mí.

—No pude acudir antes, carota.

—Cuando “él” haya colgado al Virrey, tú y yo nos partiremos los morros—anunció torvamente “Cien Chirlos”.

—¡“Home”! ¡Se hará, se hará, pichón! ¿Puedo saber por qué? ¿Por haberte quitado el hierro?

—¡Porque... no me has dejado vivo ni a un solo latiguero!

—¿Y para qué querías tú a esa carroña?

—Para darles látigo hasta que cayera yo reventado...

—Ya han reventado ellos... Y verás, so bruto, yo no quiero que tú revientes. En el fondo, me aburría sin ti...

“Cien Chirlos” rascóse la barba....

—También te echaba de menos, andaluz del demonio. Vayamos arriba. A lo mejor “él”, quiere decirnos algo. Dejemos a esos bribones que canten y chillen... ¡Parecen brutos!...

## CAPÍTULO IX

### Baile de gala

A las nueve de la noche, el capitán Palacios suspiró resignadamente contemplando la estatuaría hermosura de Mary Dear realzada en su vestido de noche, de amplio escote que dejaba al descubierto los nacarados hombros.

—Se acerca el momento en que debo arrancarme de vuestro lado, señora. Vos iréis al baile de gala en el que Su Excelencia el Virrey anuncia los esponsales de su hija... Yo iré a mi guardia de noche.

—Os debéis de aburrir enormemente en la fortaleza, capitán.

—¡No lo podéis imaginar!—exclamó sinceramente el oficial—. En Vieques bastaría con los sargentos; pero, naturalmente, yo no soy quién para discutir las órdenes de Su Excelencia.

—Solía yo acompañar a mi marido en sus guardias sin peligro, guardias formularias como la vuestra. Evidentemente, él era mi marido...

A la caída del crepúsculo, un punto minúsculo en el horizonte había hecho a la inglesa enfocar un catalejo.

Vió los remos de la galera, ritmando acompasadamente sus entradas en el agua.

La galera tardaría unas horas en anclar...

—Si me atreviese, os invitaría...— empezó a decir el capitán Palacios, vacilante.

—Os lo agradezco, pero es imposible. Las ordenanzas militares son severísimas, y si me vieran entrar en la fortaleza se os llamaría la atención por mi culpa. Además, debo ir al baile; la hija del Virrey se ha dignado invitarme.

El capitán Palacios miró desolado la espaciosa sala del comedor,

con testigos siempre, ante los que no podía intentar ninguna intimidad, y pensó en la solitaria complicidad de su despacho de oficial, allá, en la fortaleza de Vieques...

—Nadie os vería entrar en mi despacho, señora; y, a la vez, podéis ir al baile para cumplimentar a la hija de Su Excelencia el Virrey—y sonrió ufano ante la expresión de asombro de la inglesa.



*—Nadie os vería entrar en mi  
despacho, señora...*

—No comprendo cómo puedo estar en dos lugares a la vez, capitán.

—Os revelaré un secretillo sin importancia. Los ingleses lo conocen, y no hay, pues, razón que me impida decíroslo. El palacio del Virrey está unido por varios pasadizos subterráneos con las tres fortalezas. Yo, a las once de la noche, debo ir a darle la primera novedad a Su Excelencia, para lo cual empleo el camino del pasadizo. Si os dignaseis esperarme, podríamos regresar juntos a la

fortaleza.

—No tengo gran interés en ello, capitán.

—Aceptad, señora. Será un acto caritativo que os agradeceré.

Mary Dear prometió aguardar al capitán Palacios en la sala donde se celebraba la recepción...

A las diez de la noche la mansión del Virrey restallaba de luces y melodiosos acordes de pавanas y minués. La reducida sociedad de Puerto Rico acudía a felicitar a la hija del Virrey...

Genaro del Aguilar ocupaba el sillón que, instalado encima de un estrado, daba fe de su autoridad. Devolvía con displicencia los saludos, y al extremo del entarimado, dominando la sala brillantemente iluminada, Sonsoles Ávila, apoyada su mano en el antebrazo de Lucientes, replicaba gentilmente a las felicitaciones...

Cuando Mary Dear, tras saludar al Virrey, que levantóse en silencio para devolverle la reverencia, se acercó a la pareja, Sonsoles Ávila sonrió dulcemente.

—Enhorabuena, señorita—dijo secamente la inglesa—. Y a vos, señor, os felicito porque habéis sabido elegir a la más bella de las damas españolas.

—Gracias, señora—replicó Sonsoles. —Amistosamente os puedo confesar que temí encontrar en vos una rival. Sois en Puerto Rico la única dama que me daba este temor.

—Mi prometida quiere decir que, sintiéndose la más bella de la ciudad, sintió su reinado obscurecido cuando vos llegasteis, señora —dijo Lucientes con serio semblante.

—Doy gracias al halago, del que no soy digna. Fuera donde fuese que coincidiéramos, siempre vos, señorita, mereceríais usufructuar la atención varonil. Soy vuestra servidora.

Mary Dear alejóse y pronto varios caballeros iniciaron un cortés asalto de atenciones en torno a ella.

Sonsoles Ávila miró de soslayo el rostro impasible de su futuro marido.

—No me negarás que me pongo a la altura de mi obligación, ante las viudas honestas y recatadas.

—Diste a entender que ella había obscurecido mi personalidad.

—Tu generosa humildad lo reconoció primero que yo. No hice más que apoyar tus palabras.

—¿Sabes que mi padre te compadece, aventurero?—susurró ella.

—Más me compadezco yo mismo, zorrита—y en voz alta sonrió el madrileño—. ¿Decíais, señora?

Una invitada, inclinándose ante la pareja, repitió su frase:

—Desearíamos que abrierais el baile próximo, señor.

—Tendréis que excusarme, pero soy torpe en cuanto a bailes se refiere. A bordo de los barcos no enseñan la útil necesidad de los bailes. No obstante, aprenderé con gran placer viendo a mi prometida desplegar sus encantos de ángel ingrátido.

Sonsoles Ávila aceptó la mano de un caballero de blancos cabellos, y Diego Lucientes bajó del estrado para acercarse junto a Mary Dear, que había rechazado invitaciones a bailar.

—Yo, por manco, me abstengo de hacer el oso con música, Mary. A vos, ¿qué os impide demostrar que, bailando, sois también la más bonita de la sala?

—En Inglaterra los prometidos tienen la caballerosidad de no galantear a ninguna mujer en ausencia de su prometida,

—En España tenemos otras costumbres. Además, no hay ausencia, puesto que Sonsoles está, como nosotros dos, en la sala. Creedme si os digo que no comprendo cómo en Quelch me enamoré de Ana Honey estando vos presente.

—Si te sirves de mí para encender celos en tu prometida, no demuestras más que lo que me suponía. Eres un sujeto sin escrúpulos.

—Somos, querida, somos. Lo demuestran tus vestidos y tu carroza. Perdóname la grosería. Es venganza pobre y ruin, porque me doy cuenta de que es para mí más fácil obtener el favor de la hija de un Virrey, que conseguir una sonrisa de tus labios.

Mary Dear sonrió, y el raro gesto dió a su fisonomía un encanto sin igual.

—Me temo que terminarás mal, Diego Lucientes. Y casi lo siento; porque no eres el despreciable sujeto que creí. Vete al estrado, que yo no quiero ganarme el rencor de tu prometida.

—¿No me dirás que temes a tan candorosa criatura?

—Temo más a una mujer candorosa, que a diez aventureros como tú.

Diego Lucientes guiñó un ojo en mueca sarcástica, y regresó al estrado, para aguardar el final de la contradanza.

—Si vos no bailáis—dijo Sonsoles, regresando a su lado—, tened



al menos la cortesía de esperarme a solas.

—A solas estoy y sin cortesía, dulzura. Pero aun es pronto para reprocharnos defectos. Me fatiga mucho estar aquí en pie como un alabardero.

—No pretenderéis sentaros en el sillón de mi padre. Él y las damas son las únicas personas que están autorizadas a sentarse.

—Aguardaré, pues, a que seáis Virreina.

Mary Dear deslizóse hacia una puerta de la vasta sala cuando la figura marcial del capitán Palacios vino a dar la novedad al Virrey.

Y en la salita adjunta, antesala del despacho, el capitán Palacios abrió una puerta disimulada tras un espeso cortinaje.

—Tened la bondad de apoyar una mano en mi hombro. Son unos cientos de metros en la obscuridad...

El camino subterráneo rezumaba humedad, y Mary Dear fué siguiendo al oficial hasta que desembocaron en otras escaleras, éstas ascendentes. Encontráronse en el interior de una salita confortable iluminada con dos linternas, y ella sentóse en un sillón dando frente a la puerta cerrada.

El capitán Palacios, para poder verla de frente, dió la espalda a la puerta.

—Ingeniosa construcción, capitán. Debieron de emplearse en esta obra muchos años.

—La leyenda habla de veintitrés años. Dejémoslo en unos diez.

Siguieron conversando banalmente, y el capitán acercó su escabel al sillón ocupado por la inglesa...

—Una viudez prolongada, Mary, no es propio de una dama de vuestra presencia. Supone una crueldad con quien como yo...— detúvose el capitán para tender el oído—. ¿No habéis percibido un rumor...?

—No. Continuad, capitán. Estabais diciendo que soy cruel con quien come vos...

El capitán Palacios atusóse nerviosamente el bigote.

—Serán figuraciones mías, pero creo haber...

La puerta se quebró con estruendo... Palacios púsose en pie, pero rápida y certera, Mary Dear, cogiendo de encima de la mesa una pistola, asestó un fuerte culatazo en la sien del oficial, que cayó tendido cuan largo era...

En la puerta desquiciada, Carlos Lezama, espada en mano,

desnudo el torso y las piernas, brutal en su apariencia y poblado el rostro por corta barba hirsuta, se detuvo en silencio, contemplando mudamente a la inglesa...

Mary Dear levantó sus manos temblorosas aplicándolas en sus labios, y en pie miró como hipnotizada al hombre a quien amaba...

\* \* \*

Diego Lucientes empezó a dar señales de aburrimiento. Encubrió un bostezo aplicándose los dedos en la boca, sobre la que repiqueteó...

—No olvidéis que éste es un baile de gala dado en nuestro honor, señor Lucientes.

—Menos honores y más realidades, señora mía. ¿No podríamos por un instante ir a una sala cualquiera donde haya una silla en la cual pueda yo tenderme?

—El baile está en su apogeo, aventurero. Soporta una hora más, y ¡tendrás tu recompensa!

## CAPÍTULO X

### Leer entre líneas...

Mary Dear sentóse lentamente, mientras “Cien Chirlos” y “Piernas Largas” irrumpían tras el Pirata Negro.

—Buenas noches, Mary — saludó el Pirata Negro con voz amable—. No pensé volverte a ver nunca más. ¿Puedo besar tu mano? No hay burla en ello. Es muestra de homenaje a quien tiene la rara virtud de ser agradecida.

El Pirata Negro inclinóse, besando la diestra de la inglesa.

—No es agradecimiento — murmuró ella—. Carlos...

—El tiempo apremia, Mary—interrumpió, molesto, el Pirata Negro—. Mis hombres deben realizar una misión...

—Hay pasadizos que conducen a las otras dos fortalezas, Carlos —explicó ella, recuperando el dominio de sus nervios, volviendo a ser exteriormente la flemática e inteligente mujer de acción—. Parten de aquí y se reúnen en su centro con otro pasadizo que conduce al despacho del Virrey.

El Pirata Negro lanzó una estentórea carcajada...

—Gracias al arquitecto militar que ideó tan útil topera. ¡“Cien Chirlos”! Con ochenta bergantes, ¡a la fortaleza de Santo Tomás! Nada de sangre inútil. Caerás sobre la guarnición por sorpresa. Limitate, pues, a dejarlos a todos amarrados. ¡“Piernas Largas”! ¡A la fortaleza del Oeste, con otros setenta mozos! Lo mismo te digo que al guapetón. Iréis a darme la novedad al palacio del Virrey. ¡Prestos!

Una larga cadena de hombres armados, uno tras otro, en fila india, fué atravesando el despacho del oficial Palacios, que seguía exánime en el suelo.

—Iré con cuarenta forzados a visitar al Virrey—explicó Lezama

a Mary Dear, que seguía sentada.

—Hay un baile de gala en honor a los esponsales de Diego Lucientes y Sonsoles, la hija del Virrey.

—¡Mejor que mejor! Yo debo ser el principal invitado. El señor Lucientes no sabe bailar... ¡pero lo hará colgado de una cuerda de cáñamo!

Entraron dos forzados, antiguos tripulantes del “Aquilón”, portando un cañón de pequeño calibre...

—Id vosotros al pasadizo. Esperadme allí...

Desfilaron cuarenta hombres, vestidos tan sólo con taparrabos. Todos ofrecían un aspecto uniforme con sus barbas, sus largas melenas y las desnudas espaldas cargadas de mosquetones.

Les igualaba, también, el surco amoratado que rodeaba sus tobillos y la muñeca izquierda...

Cuando el último de ellos hubo desaparecido en el pasadizo, Carlos Lezama pestañeó al oír la voz de Mary Dear que murmuraba:

—No puedes ahorcar a tu amigo Lucientes...

—Basta con una soga y mi voluntad.

—Diego Lucientes ha estado esperando una ocasión propicia para darte libertad. Pero lo tienen estrechamente vigilado...

—¿Si? ¿Estrechamente vigilado, y va a casarse con la diablesa de angelical compostura?

—Sus amoríos nada tienen que ver, Carlos. Reconozco cuándo un hombre es sincero. Sólo tú me engañaste... Pero Lucientes habló verazmente. No podía, zarpar...

—¿Se lo impedía Sonsoles? Atacar la galera con su bergantín habría sido cosa de un instante...

—Al zarpar, que sólo se lo permitían estando la galera en el puerto, tú habrías sido trasladado a una fortaleza. Y él aguardaba un momento propicio. Yo pude actuar... porque él no me delató.

—¿Sabía lo que te proponías?

—No se lo dije, pero lo imagina... Y sigue diciendo que soy una viuda honesta, infeliz e insignificante. Por eso estás tú aquí ahora.

—Tu rectitud es maravillosa, Mary Dear. Él y yo ¿no arrasamos Quelch?

—Tu esposa murió en Quelch, Carlos... Te pedí redención...

El Pirata Negro cogió rudamente por uno de sus hombros a la pirata inglesa. Clavó en los ojos de ella sus pupilas, en donde había

una luz de afecto.

—A ti te debo mi rescate, Mary. Amor no puedo darte; gratitud, sí.

—Redención te pido...

—Tengo un hijo, Mary. Por él... no puedo hacerte mi esposa. ¡Adiós!

El Pirata Negro salió precipitadamente. Mary Dear apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados. No lloró... Contemplaba el vacío de su existencia...

\* \* \*

Una estentórea carcajada que resonó como una burla demoníaca en los oídos de las damas quebró el acorde suave de los violines.

Por todas las puertas de acceso a la sala de baile irrumpieron unos barbudos y semidesnudos individuos armados profusamente, apuntando con sus mosquetones...

Cuatro cañones quedaron amenazando, brillantes sus cobres...

Uno de los invasores adelantóse, volviendo a prorrumpir en satánica carcajada...

—Queda interrumpido el baile...— anunció Carlos Lezama—. Quien dispare o intente resistencia, causará la muerte de estas lindas damas... Hundiré a cañonazos la sala... Distinguida concurrencia: amontónense contra las paredes. Mis hombres no se moverán, si no os movéis...

Genaro del Aguilar, en pie, trémulo de ira, desenvainó su espada...

—¡Defendeos, señores!—gritó.

—¡Calla el pico, Virrey!—exclamó el Pirata Negro, avanzando hacia el centro de la sala—. Ellos son prudentes, y hacen bien... ¡Envaina!...

Las mujeres gemían, ocultando el rostro en las casacas de los caballeros que, pálidos pero decididos, aguardaban los acontecimientos...

Diego Lucientes, en el estrado, pasóse la mano por la barbilla. Tocóse el cuello con el índice, resbalando en la superficie de la piel...

—Marqués...—dijo con sorna—. Seguirá el baile... con sólo dos bailarines: vos y yo.

—¡Tú lo has dicho, “Medio Brazo”! —rió el Pirata Negro—. Pero

el Virrey tiene más categoría en esta sala que tú. Él te enseñará cómo se baila en el extremo de una soga. ¡Amarrad a ese galán!—gritó el Pirata Negro, señalando a Diego Lucientes.

El madrileño desenvainó, besando la hoja de su espada.

—Diles a tus perros que se queden quietos, caballero Lezama...—exclamó Lucientes, tranquilamente—. A mí no me amarra nadie, mientras me quede una espada...

—¡Alto!—ordenó el Pirata Negro; y los cuatro forzados que avanzaban hacia el madrileño, quedáronse inmóviles—. Podrías matarme a alguno de esos mozos, y morirías también.

Desenvainó el Pirata Negro, y Lucientes, que esperaba el ataque, quedóse sorprendido al ver que la espada del Virrey era la que recibía la trabazón del acero de Lezama.

La espada del Virrey voló por los aires...

—¡Amarradle al pie de su sillón!

Los cuatro forzados se lanzaron brutalmente encima del marqués del Aguilar, que quedó prontamente atado, adosada la espalda a un lado del sillón recamado en oro...

Una voz de mujer gritó:

—¡Matadme si él ha de sufrir daño!

Y Olalla Ávila adelantóse hasta hallarse a dos pasos del Pirata Negro.

—Perdonad, señora. Mi deuda no os incumbe. No me obliguéis a violencias que no me son acostumbradas. Todos vuestros invitados proseguirán el baile cuando yo me vaya. Pero el señor Virrey marcará con los pies en el aire el compás de la contradanza...

Olalla Ávila lanzóse de rodillas... Tendió las manos cruzadas.

—¡Perdonad!... Vos sois generoso...

El Pirata Negro alzó a la mujer postrada...

—Soy pirata, señora. Y cuando fuí generoso me llamaron imbécil. Hay blanduras que sólo se cometen una vez. Regresad a tranquilizar a vuestros invitados. Es vuestro deber. Aquí nada conseguiréis. Vuestro esposo ha de pagar la deuda que tiene conmigo. ¡Idos!

Olalla Ávila retrocedió, subyugada por la expresión cortés, pero decidida, del Pirata Negro. Regresó junto a los atemorizados invitados...

Lezama encaróse con Lucientes..., que seguía en pie en el

estrado, espada en mano...

—¿Dónde está tu amada, “Medio Brazo”?

Diego Lucientes miró a los grupos compactos de ricas vestiduras que se reunían contra las paredes de la sala. Sonsoles Ávila había desaparecido...

\* \* \*

Sonsoles Ávila estaba tras el sillón de su padre cuando resonó la peculiar carcajada del Pirata Negro...

Deslizóse tras el cortinaje a espaldas del sillón, y al irrumpir el Pirata Negro con los forzados Sonsoles Ávila corrió alocada por el pasadizo...

Llegó sin respiración a la gruta que daba frente a la bahía donde anclaba el bergantín... Se detuvo anhelante...

Eran doscientos los tripulantes del “Madriles”... Pero un astuto pirata como Lezama no habría atacado el palacio si antes, por procedimientos inexplicables, no hubiese conseguido desarmar a las tres guarniciones...

Lanzar a los bretones del Tercio de Aventureros contra los piratas y forzados suponía arrasar a fuego y sangre todo Puerto Rico...

Los pensamientos acudían vertiginosamente a la mente de la diabólica criatura, cuya inteligencia era inaudita...

Una sonrisa angelical distendió su semblante angustiado. Había hallado la mejor solución...

Ankou Kerbrat, el lugarteniente de Diego Lucientes, distinguió perfectamente la dulce voz de Sonsoles Ávila llamándole desde la playa.

—La novia del señor—murmuró—. ¡Lancha!

Fué en persona a recoger a la hija del Virrey, ante la que inclinóse respetuosamente.

—Quiero darle una sorpresa a mi futuro esposo, Kerbrat—dijo ella con entonación cariñosa—. El señor Lucientes teme que me desagrade la idea de tener que ser la madre de esas dos criaturas que están a bordo. Me he escapado un instante del baile, y quiero que los dos niños estén en compañía de su padre, adoptivo para el niño.

—Están durmiendo, señora.

—Mientras los visten, yo aguardaré en la camareta.

En la camareta, Sonsoles Ávila jugueteó con el tintero, del que sobresalía el airón de la larga pluma de ave. Mojó, mientras extendía un pergamino delgado.

Terminaba de escribir, cuando Carlos de Ferblanc y Heredia entró gruñendo, frotándose los ojos.

—Hola, Carlitos—bisbiseó ella cariñosamente.

—¡Hola!—replicó secamente el niño—. Me llamo Carlos, ¿sabes, señora? Eso de “itos” es para las niñas...

—Muy bien, Carlos.

Gaby Lucientes entró, de la mano de Ankou Kerbrat. Hizo una leve reverencia, pero sus pupilas azules no destilaban amabilidad.

—Tu padre se alegrará de veros a los dos. Oiga, Kerbrat, que nos acompañe uno de sus hombres.

En la playa, llevando a cada uno de los niños por una mano, entró Sonsoles en la gruta. Fueron recorriendo los oscuros vericuetos del pasadizo...

El bretón sujetaba por encima de las cabezas una linterna que iluminaba el húmedo y oscuro subterráneo... Unas estalagmitas a modo de peldaños detuvieron la marcha de Sonsoles Ávila.

Soltó de la mano a Carlos, tendiendo al bretón el pergamino escrito por ella en la camareta del bergantín.

—Forma parte de la sorpresa, amigo—sonrió al bretón extrañado—. No te asuste nada de lo que veas. Sigue el pasadizo hasta el final, y entrega este mensaje al señor Lucientes. Aquí aguardo la respuesta.

El bretón dejó la linterna en el suelo y se alejó...

Gaby tembló oyendo el rumor sordo de un río que avanzaba en torrencera cerca de donde se hallaban, desapareciendo entre las quebraduras de la gruta natural a la que daban entrada los peldaños de estalagmitas.

—¿Jugamos al escondite?—murmuró hoscamente Carlos.

—En este cauce tenebroso hay una salita preciosa—dijo Sonsoles mientras arrastraba a Gaby.

Al final de los peldaños había una pequeña puerta de hierro empotrada en el muro gris de una gran roca. Abrió Sonsoles la puerta...

—Aquí vienen las hadas, y muchas noches he hablado con ellas.

Carlos empujó la puerta, asomando la cabeza...



—Eso de hablar con hadas me gustaría—dijo reflexivamente—. ¿Verdad, Gaby?

Ella, con cierto miedo, avanzó también la cabeza, mirando el oscuro interior de la pequeña mazmorra... Un fuerte empujón doble precipitó a los dos niños al interior de la mazmorra.

Sonsoles Ávila cerró la puerta y volvió a descender los peldaños...

\* \* \*

—¿Dónde está tu amada?—repitió Carlos Lezama.

—Pregúntaselo a ella—replicó Lucientes—. Yo no la veo.

—¿Te ha abandonado ya, “Medio Brazo”?—sonrió, con los ojos brillantes, el Pirata Negro—. Quizá sea mejor... Veamos, Virrey. ¿Cuánto tiempo necesitas para rezar? Tengo prisa por ahorcarte.

Genaro del Aguilar, en medio de su incómoda postura, no perdía arrogancia. Miró duramente al Pirata Negro.

—Serás ahorcado, pirata, por osar injuriar al Rey de España en mi persona.

—Allá penas. Cuando me ahorquen, pensaré que tienen razón al hacerlo. ¡La misma razón que yo tengo al ahorcarte! Salvé tu vida, la de tu esposa y la de tu hija.

—Viniste a atacar a Puerto Rico en compañía de unos filibusteros de tu laya, si no de tu nacionalidad.

—No, Virrey — y, adelantándose, el Pirata Negro fué a sentarse en el sillón del Virrey—. Todos esos testigos podrán más tarde testimoniar que yo me limité a ahorcarte, y ni saqueé ni incendié ni maté a nadie más. Ahora tengo a Puerto Rico en mi poder. Vuestras tres guarniciones están siendo desarmadas. Si hoy que tan fácil me es apoderarme de lo que ansiaban los filibusteros americanos, lo desdeño..., ¿iba entonces a buscarlo en compañía de otros? Acudí para facilitarle la labor a este perfumado maneo pelirrojo... La fatalidad quiso que me sorprendierais en un momento en que mis razonamientos habrían parecido mentiras destinadas a salvar mi pellejo<sup>4</sup>, y yo no puedo soportar la idea de que nadie pueda creerse que suplico en trance de muerte.

Los oyentes, aunque en su fuero interno estaban desconcertados, miraban sin tanto temor al barbudo sujeto que se sentaba cómodamente en el sillón que pertenecía al hombre atado contra el brazo del mismo sillón.

—Me mandaste a galeras, Virrey. Debiste ahorcarme, porque te lo pedí. Y por no complacerme hay ahora en tu baile cuarenta mocetones que asustan a tus distinguidos invitados. Y, sin embargo, tan pronto quedes colgado, largaré velas y perderé de vista a Puerto Rico.

Diego Lucientes miró hacia el cortinaje tras el sillón. Un individuo se detuvo inquieto...

El Pirata Negro, una de cuyas piernas se balanceaba montada sobre el brazo opuesto del sillón al que estaba atado el Virrey, volvió la cabeza...

—Adelante, mensajero. Veo en tu mano un pergamino doblado... Si es para el Virrey... ¡ahora soy yo el Virrey! Trae...

—Me dijeron que era para... el señor Lucientes...

—Dáselo, pues. Cumple siempre lo que te ordenen...

El bretón, vacilante, adelantóse hasta tender el pergamino al manco pelirrojo, quien leyó en el doblado pergamino: “Para el pirata Lezama”.

—Es para ti, Carlos Lezama.

—Pongámonos de acuerdo, ¿no?.. ¿Quién te dió este papel, amigo?

—La señora... la señora prometida del señor Lucientes.

—Mucho señorío hay por aquí... ¡Trae! Y espera...

Desdobló Lezama el pergamino..

*“Sé que a mi padre nada le ha de ocurrir, pirata. Tengo a tu hijo en mi poder y en lugar donde yo sola sé y que ni el tormento me arrancaría su revelación. Por su vida te pido la de Lucientes. Ha de ser mi esposo. Fío en ti porque siempre te has jactado de que cumples lo que prometes. Aguardo, pirata... Tu hijo por Diego Lucientes...*

*Sonsoles Ávila, marquesa del Aguilar.”*

Leyó tres veces la carta el Pirata Negro. Echó hacia atrás la cabeza y rió con amarga carcajada...

Miró al Virrey, que mantenía la cabeza erguida...

—Si tú mueres, Virrey, ¿quién hereda el título?

—Mi hija.

—Ya. Y cuando tú mueras, ¿quién será Virrey? Porque a mí no me da la gana el serlo.

Siguió el Pirata Negro balanceando la pierna indolentemente. El pie desnudo pareció llamar la atención del marqués del Aguilar, que

siguió en silencio.

—Contesta, Virrey. Cuando estés ahorcado, ¿quién demonios será Virrey en Puerto Rico?

—Hasta que el Rey decida, será Virrey el esposo de mi hija.

—Ya. Acércame esta mesita, buen mozo—ordenó el Pirata Negro al bretón—. Tengo que escribir la respuesta.

*“Engendro de monstruosa maldad:*

*”Te consideras ya marquesa, y deseas que Lucientes sea el Virrey... He leído entre líneas, bruja linda. Firmas marquesa, porque sabes que ahorcaré a tu padre. Por la vida de mi hijo, podías haber pedido también la de tu padre. No hablas de él tan siquiera. Pero me recuerdas que yo siempre cumplo lo que prometí...”*

—Todos amarrados, señor — dijo “Cien Chirlos”, cuadrándose delante del Pirata Negro.

—Lo mismo digo, señor — saludó “Piernas Largas”.

Agitó la mano el Pirata Negro, y siguió escribiendo:

*“...cumpló lo que prometí. ¡Y prometí ahorcar a tu padre!*

*”Me asustas, Sonsoles... Dame a mi hijo y tienes mi palabra de pirata, a la que nunca faltó, que tu amado y futuro esposo vendrá a reunirse contigo. Y tienes vida salva..., Sonsoles. Porque, tarde o temprano, Lucientes te estrangulará... si antes no le matas a él.*

*”Cuando mi hijo entre en la sala donde espero sentado en el sillón del que sigue siendo el marqués del Aguilar, cumpliré lo prometido. Y en el infierno habrá, supongo, un sitio especial para recibir a mujeres de tu clase.*

*”Carlos Lezama.”*

Dobló el Pirata Negro el pergamino tras espolvorearlo con ceniza. Lo tendió al bretón.

—¡“Cien Chirlos”! Acompaña a este hombre. Nada de violencias. Limitate a recoger a mi hijo...

Desapareció “Cien Chirlos” en compañía del bretón, tras del cortinaje. El Pirata Negro saltó en pie..., quedando junto al marqués del Aguilar.

Olalla Ávila, sostenida por un anciano caballero, vino ante el estrado.

—Yo soy el barón de Leoz—dijo el anciano, altivamente—. Por las damas aquí presentes, te ruego nos dejes abandonar la sala.

—Yo soy Carlos Lezama, y siempre me he distinguido por

atender las súplicas de damas y ancianos, sean o no barones de Leoz. Pero presenciáis un acto de justicia y es vuestro deber ser testigos de que voy a colgar al Virrey. ¡Atrás, barón de Leoz! Y vos, señora, no me obliguéis a que os mantengan inmóvil dos forzados...

Diego Lucientes, al retroceder el barón, avanzó un paso. Continuaba con su espada desenvainada...

—Empieza por mí, pirata—masculló, acalorado... y saltando hacia delante presentó la punta de su acero ante los ojos del Pirata Negro.

Éste desenvainó, y en el estrado se desarrolló un feroz duelo. La espada de Diego Lucientes buscaba todos los resquicios posibles...

—Tu amada doncella me ha suplicado te perdone la vida, madrileño— fué diciendo el Pirata Negro, mientras inexorable avanzaba, obligando a Lucientes a descender del estrado defendiéndose apuradamente—. De una vez para todas quiero que te cases con ella. Creo que así quedarás curado de tu enfermedad. La enfermedad de enamorarte mal y a destiempo... ¡Para en sexta! ¡Traba, imbécil! El perfume y la corte del Virrey te han debilitado... ¡Tercia, boquilindo! ¡Levanta la guardia, calzonazos! Voy a embrocharte, que me sobran energías... El ejercicio del remo es saludable...

Desvió el Pirata Negro la espada enemiga, y los dos pechos chocaron el uno contra el otro, juntándose los rostros...

Con brutal torsión de muñeca obligó Lezama al madrileño a que abatiera su espada, y con recio rodillazo lo hizo caer de espaldas, desarmado...

—¡Amárralo, chiclanero!

“Piernas Largas” saltó como una fiera sobre el madrileño derribado. Enlazó su único brazo al torso...

—Colócalo al otro lado del sillón, dándole la espalda a su futuro suegro.

Subió Lezama al estrado, mientras “Piernas Largas” cumplía la orden. Se enfrentó con el marqués del Aguilar...

—¿Has rezado ya, marqués?

—Sí. Procura tú también rezar cuando te veas en trance semejante.

Inclinóse levemente el Pirata Negro.

—¡Lástima que seas Virrey!... Eres valiente... ¡“Piernas Largas”!

Quema la hoja de tu puñal en la llama de una antorcha... Que quede al rojo vivo...

Y de un tirón el Pirata Negro arrancó la casaca del atado Virrey. “Piernas Largas” pasaba por la hoja de su puñal la llama de una antorcha...

—Si piensas darme tortura, tortura te darán cuando te cojan preso las fuerzas españolas...—dijo Genaro del Aguilar, altivamente.

—De momento, el único preso eres tú, Virrey.

El Pirata Negro cogió del sillón el bastón de puño de oro, insignia de la autoridad virreinal. Lo colocó en la faltriquera de la casaca.

Vigorosamente lanzó la prenda a lo alto... Quedó la casaca colgando de la lámpara central...

—He cumplido lo que prometí—dijo riendo sonoramente el Pirata Negro. —Queda el Virrey colgado... y queda el marqués con vida...

Genaro del Aguilar murmuró:

—¿Por qué... perdonas mi vida?... ¿Te suplicó mi hija?

El Pirata Negro apoyó los dos puños en sus caderas. Iba a decirle la verdad al padre de Sonsoles... Decirle que su hija deseaba que él le ahorcase... Decirle que él, por capricho de su temperamento, le perdonaba por segunda vez la vida.

Pero rió de pronto. La valentía que demostraba el Virrey la admiraba interiormente.

—Te perdono, Virrey, porque la persona que tú menos imaginas no se alegrará al verte con vida. ¡Trae el puñal, chiclanero!

Olalla Ávila gritó agudamente... El barón de Leoz la retuvo entre sus brazos, impidiéndola viera lo que iba a suceder, y que todos los presentes creían era burla del Pirata Negro que iba a dar muerte al Virrey, ante cuyo rostro la hoja enrojecida al fuego destelló fulgores...

Genaro del Aguilar levantó el semblante... Lívido, murmuró:

—Te torturarán, pirata...

—Mientras, ¡ahí va mi justicia!...

El puñal formó un surco en la frente del marqués del Aguilar... El olor a carne quemada hizo prorrumpir en un alarido al Virrey...

—¡Por desagradecido!—gritó el Pirata Negro.

Y el puñal trazó una cruz en la mejilla del Virrey...

—La cruz por ser padre de Sonsoles Ávila...

El Virrey dobló la cabeza, que cayó sobre su pecho... Sin sentido, dobláronse sus rodillas, y quedó inerte, colgando de sus cuerdas, y sujeto contra el sillón...

Diego Lucientes parpadeó cuando ante su rostro llameó la hoja sangrienta y ardorosa...

Rió el Pirata Negro...

—No soy ninguna res, pirata—dijo el madrileño—. ¿Dónde piensas marcarme?

—Te bastará con tu esposa.

Y el Pirata Negro lanzó el puñal contra el estrado... Quedó la hoja cimbreado sonoramente, clavada por su punta en la madera...

El tapiz del estrado, tras el sillón, movióse, y Sonsoles Ávila entró corriendo...

—¡Está muerto!—gimió con agudos sollozos, arrodillándose ante el Virrey—. ¡Mi pobre padre!...

# CAPITULO XI

## El anillo nupcial...

La carcajada del Pirata Negro tuvo matices de burla triunfante.

—¡Está vivo!... — gritó, llameantes los ojos—. No llores más, Sonsoles sensible... Tu padre sigue siendo el marqués del Aguilar y Virrey de Puerto Rico porque tal es mi real voluntad.

Carlos de Ferblanc y Heredia vino corriendo a sostenerse contra las piernas desnudas del Pirata Negro. Éste lo alzó en vilo, manteniéndolo distanciado a largo de brazos...

—¡Cuánto pelo, padre!

—¡Hola, caballere!... ¿Esa es la manera de acoger a tu padre?

El rostro de Carlos de Ferblanc se hundió con salvaje ímpetu entre la barba del Pirata Negro...

—Llévatelo a bordo del velero, guapetón—ordenó el Pirata Negro, tendiendo a su hijo a “Cien Chirlos”—. Allí seguiremos hablando, caballere.

—Yo... ¡quiero estar contigo!—gritó el niño.

—¡Maldita sea!—exclamó el Pirata Negro, riendo—. ¿Rebelde ya? Obedeced, mamoncete, o tendré que zurraros la badana. ¡Llévatelo!

“Cien Chirlos” marchóse llevándose al pataleante niño...

—¡Ahí tienes a tu esposo!—dijo el Pirata Negro señalando a Liego Lucientes, mientras Sonsoles, arrodillada junto al cuerpo exánime del Virrey, alzábase ahora lentamente.

Contempló en silencio a los aturdidos invitados, que reuníanse contra la pared frente al estrado... Vió en las puertas a los apiñados y semidesnudos barbudos...

—Has vencido, pirata—bisbiseó ella roncamente, bajo los párpados, para que en ellos no se viera su intenso odio.

—Tú, no—replicó Lezama, sonriendo con feroz desprecio—. Necesito una información antes de irme con todos mis hombres. ¿Puedo preguntarte a ti, Sonsoles, o seguramente te gustará más que torture a tu padre para sonsacarle lo que deseo?

—Pregunta.

—¿Dónde se guardan los cofres destinados a enriquecer al Estado español?

—Un ladrón como tú no merece haber nacido en España.

—Nací en Panamá, Sonsoles. España debe lamentar lo suficiente el que tú nacieras allí.

—Cuatro cofres hay en el sótano, bajo el despacho de mi padre. Allí podrás saciar tu sed de rapiña.

—Cuántos nos oyen admiran tu dignidad, mozuela. En cada cofre ¿cuánto oro hay?

—Por valor de una decena de miles de libras esterlinas.

—Bastará, pues, con uno. El pago del mes en que hemos estado remando a sueldo de España, por orden del Virrey. ¡“Piernas Largas”! Cargad con un cofre y que se lo lleven cuatro forzados al “Aquilón”. Ve retirando a los hombres. Deja tan sólo diez en cada puerta, y los cuatro cañones.

Salió el andaluz, mientras el Pirata Negro asió del brazo a Sonsoles Ávila, retorciéndole la muñeca...

—Contesta, linda doncella. ¿Conociste a un navarro llamado Hernando Inchausti del Olmo?

—Me haces daño... Sí, le conocí. Era un hombre que me calumniaba y pagó su delito en galeras.

—No lo busques con la vista como una liebre venenosa asustada; esta mañana Hernando Inchausti del Olmo fué a reunirse con su hermano. ¿Le conocías a él?

—También.

Bruscamente el Pirata Negro la soltó, empujándola hacia atrás.

Ella fue a caer a los pies del atado Diego Lucientes, que, crispadas las manos, gritó:

—¡Te odio!

—Yo, no, “Medio Brazo”—y mientras hablaba, el Pirata Negro quitó la cuerda que mantenía atado al sillón al madrileño.

Pero le dejó la que le mantenía inmóvil el único antebrazo contra, el cuerpo. Tendió el extremo de la cuerda a Sonsoles Ávila,



que se levantaba...

—Símbolo de tu futuro, estudiante. Ella te llevará donde quiera... ¡Ahora te llevará donde yo quiero! ¡Al pabellón del jardín, Sonsoles! No rechistes o enviudaréis los dos rápidamente.

Atravesó la sala tras ellos dos...

—¡Vosotros!—ordenó a los forzados que guardaban las puertas—. No os mováis de donde estáis. Nadie debe salir hasta que yo vuelva...

Por el jardín, Diego Lucientes avanzaba junto a Sonsoles.

Un edificio achaparrado, de redonda configuración y anchas ventanas, erigíase en un rincón recoleto del jardín...

Cruzáronse los tres con varios forzados...

—Coged mazas donde las halléis— explicó el Pirata Negro—y seguidnos. Vamos a derrumbar aquel edificio...

En el interior del pabellón señaló el Pirata Negro el muro derecho.

—Abajo con él...

—¿Estás loco?..—preguntó airado Diego Lucientes.

—Capricho que tengo. ¿No dejé con vida al marqués del Aguilar? Quiero ahora comprobar cuál fué el error de Hernando Inchausti, aparte de enamorarse como tú de una víbora cuya maldad nadie imagina, y cuya aparente dulzura a todos engaña...

El muro fué derrumbándose... Era un hondo espacio hueco, y un metro más allá otro muro se levantaba. El muro exterior...

Inclinóse el Pirata Negro y halló suciedad, vacío, polvo...

—Derrumbad este otro—y señaló el de la izquierda.

Quedó poco después un espacio idéntico al anterior. Pero al inclinarse el Pirata Negro, quedó unos instantes inmóvil. Después se enderezó llameantes los ojos.

—Id a bordo—ordenó a los improvisados albañiles demolidores.

Quedóse solo con Diego Lucientes y Sonsoles Ávila.

Inclinóse de nuevo, vigilando de soslayo...

Sonsoles Ávila lanzóse hacia delante esgrimiendo el puñal que acababa de quitar del cinto del manco atado...

La mano del Pirata Negro rodeó la muñeca armada... Crujió en dolorosa torsión la muñeca femenina y el puñal rebotó en el suelo, reconociéndolo prestamente el Pirata Negro.

Soltó a la hija del Virrey, lanzándola hacia atrás brutalmente.

—No es esa tu costumbre, Sonsoles. Suelas matar por delegación, buscando imbéciles como este mozo... o como Hernando Inchausti del Olmo. También buscaste en mí al imbécil pirata que te librara de tu padre.

Inclinóse y forcejó un instante... En su diestra brilló una esmeralda que, engarzada en un anillo, rodeaba la falange descarnada de un dedo huesudo y esquelético...

Brutalmente colocó ante los ojos de Diego Lucientes el dedo muerto.

—Hay una espiga de trigo y dos amapolas en campo de plata, ¿verdad, “Medio Brazo”? ¡Toma!—y lo introdujo con fuerza en el cinto del madrileño—. ¡Es el anillo nupcial! Mi regalo de bodas...

Avanzó Sonsoles Ávila con la vista baja y las manos cruzadas ante su regazo.

—¿Qué quieres insinuar, pirata?

El Pirata Negro rió duramente.

Su diestra se alzó y una bofetada rigurosa resonó huecamente...

Sonsoles Ávila cayó al suelo sin sentido, abatida por el bestial bofetón...

—¡Mi segundo regalo de bodas!

Diego Lucientes proyectóse hacia delante, sudoroso y lívido... Su frente buscó el rostro del Pirata Negro, que esquivó saltando de costado.

Retrocedió amartillando su pistola.

—No te muevas, imbécil. ¿No vas a casarte con esta mujer? Ya una vez colgué a una mujerzuela que querías hacer tu esposa... No repito por segunda vez. Quédate con ella... y bastante colgado estás. Adiós.

Diego Lucientes dejóse caer de rodillas junto a la inanimada Sonsoles...

No comprendía... y no quería intentarlo...

\* \* \*

Desfilaban los forzados y los piratas en lanchas hacia el “Aquilón”. El Pirata Negro se disponía a subir en él el último, cuando avanzó una silueta femenina...

Mary Dear se detuvo ante el Pirata Negro.

—Maté al capitán español de la fortaleza—dijo ella—. Fué sin querer. El culatazo era demasiado fuerte...

—Ven conmigo. Te dejaré en Boston o donde tú me digas...—  
invitó el Pirata Negro.

—Voy contigo para... quedarme siempre...

—Entonces, no embarques, Mary. Gratitude, sí; amor, no...

—Vete... Pueden venir.

—Tenemos aún tiempo. Quedaron avisados que si se movían antes de media hora, al que saliera lo abatiría a cañonazos... Ante la duda de si les aguardo o no, se abstendrán...

—Si conoces la mentalidad humana..., ¿no comprendes que yo estoy dispuesta a regenerarme contigo?

—Mal regenerador sería yo, Mary... Tengo un hijo. ¿Debo repetirte que a él no puedo darle una madre como tú? Le basto ya como padre...

Mary Dear giróse lentamente...

—Ven, Mary. Si vuelves a la ciudad, pueden detenerte por haberme ayudado a escapar...

—Nadie lo sabe... Murió el capitán Palacios, que es el único que podría haber sospechado... Y Lucientes no me delatará... Adiós, Carlos...

Avanzó un paso Carlos Lezama. Sus manos asieron por los hombros a la inglesa. Besó sus mejillas.

—Adiós, Mary... Que halles en otro mejor que yo la regeneración que deseas...

—Si no es de ti, de nadie quiero piedad ni limosna. Adiós, Carlos...

Y, dominándose, desprendióse ella del abrazo... La contempló por unos instantes alejarse... Al fin, rió amargamente, murmurando en voz baja:

—Ser padre tiene sus inconvenientes...

Instantes después el velero alejábase a toda vela mar adentro...



*Instantes después el velero alejábase a toda vela...*

# EPILOGO

Sonsoles Ávila recuperó los sentidos, gimiendo dolorosamente...  
Llevóse las dos manos a las sienes, que le martilleaban...

En su mejilla cuatro rayas transversales marcaban la blanca piel de trazos rojizos...

Diego Lucientes, arrodillado, la miró fijamente...

—¡Me abofeteó y... no lo has matado!—gritó ella—. ¡Y yo salvé tu vida!

El manco pelirrojo señaló con la barbilla su único brazo, atado.

—Perjuicios de escoger un futuro marido manco, Sonsoles. No comprendo nada de nada. ¿Por qué no ahorcó a tu padre? ¿Por qué no me ahorcó?

—Yo me apoderé de su hijo—dijo ella, poniéndose en pie—. Y a cambio de la vida del niño le pedí la tuya y la de mi padre... y por eso conseguí salvarlos a los dos...

En pie, señaló Lucientes los muros derribados...

—¿Por qué hizo demoler estos muros? ¿Qué buscaba?

Ella le desató. Diego Lucientes cogió en su cinto el dedo de esqueleto, y con repugnancia lo examinó...

—Dijo “anillo nupcial”... ¿Qué quería significar?

—Locuras de pirata... Como tú, por aventurero, no es hombre sensato.

Diego Lucientes acercóse al muro abierto... Retrocedió al ver en su interior, tendido en el suelo, un cadáver polvoriento, descarnado...

Brutalmente asió por la garganta a Sonsoles Ávila...

—¿Qué significa todo eso? ¿Quién era ese cadáver?

—Un hombre que me calumnió y al cual maté... Nadie lo sabe...  
—y empezó ella a llorar sin ruido—. Tú sólo puedes ayudarme,

Diego... Yo salvé tu vida porque... te amo...

Con amarga sonrisa el estudiante la dejó libre...

—Mientes..., pero te amo... ¿Qué quieres que haga? Un poco más o un poco menos, ya estoy bastante envilecido... al no abofetearte yo también.

—Ayúdame a enterrar este cadáver... No debe verlo nadie...

Diego Lucientes cargó sobre su hombro el esqueleto...

\* \* \*

En su camarote, lejano ya Puerto Rico, el Pirata Negro terminaba de rapar sus barbas con el filo agudo de una navaja...

Hundió la cabeza en un lebrillo resumando agua de mar... Poco después, vestía su habitual atuendo...

La negra camisa de seda modeló su tórax poderosísimo. Las muñequeras de cuero ocultaron el surco amoratado de su antebrazo izquierdo...

Las altas botas mosqueteras enfundáronse sobre el negro pantalón ancho. Y del cinto pendieron su espada y entre el pantalón y la camisa sobresalió la culata de la pistola.

Anudaba tras su nuca el pañuelo rojo, cuando irrumpió en el camarote Carlos de Ferblanc y Heredia.

La hosca mirada de su padre detuvo en seco la carrerilla del niño, que se quedó vacilante...

—La educación que os di, joven doncel—dijo el Pirata Negro, seriamente—, os enseñaba algo que habéis olvidado, al parecer. ¿Qué hace quien desee entrar en cuarto que no es el suyo?

—Llama a la puerta. Pero tú y yo somos... padre e hijo.

—Me asusta la desfachatez que te caracteriza, mozuelo. No te acerques. Tengo que preguntarte varias cosas. Mientras estuve... viajando, ¿qué hiciste?

—Jugar a caballos con Gaby. Es tonta, pero no es mala. Rezaba por ti, y te espera.

—Algún día ya la abrazaremos, mozo. Dime, ¿peleabas con ella? Carlos de Ferblanc bajó la cabeza, pisándose un pie con el otro.

—¡Contesta!

—¿Mentira o de verdad?

—¡Maldito seas! Los hombres nunca mienten. Los hombres como tú y yo, nunca dicen más que la verdad.

—Entonces... ¡la pegué! Pero luego la abrazaba y ella se quedaba

conformes...

Una sonrisa dibujóse en los labios del Pirata Negro. Echó hacia atrás la cabeza, apoyando los puños en sus caderas, y rió...

Carlos de Ferblanc abrió también las piernas, apoyó los puñitos en sus caderas y echó hacia atrás la cabeza, riendo...

“Piernas Largas” llevaba las de ganar... Había logrado cabalgar sobre las espaldas de “Cien Chirlos” y, asiéndole el cuello por detrás, le golpeaba el rostro contra la madera de cubierta...

“Cien Chirlos” logró zafarse, y dándose vuelta, quedó abrazado al marrullero andaluz...

Jadeaban ambos, dando vueltas, estrechamente enlazados... Sangraba uno de los labios del andaluz, y la ceja partida de “Cien Chirlos” contribuía a darle un aspecto más horrendo en su rostro surcado de innumerables cicatrices...

—¡A vuestros sitios!—rugió una voz.

Corrieron todos los espectadores a sus respectivos lugares..., dejando libre el espacio en que, sobresaltados y olvidándose de la lucha, pusiéronse en pie de un salto ambos contendientes...

Carlos Lezama, apoyada la diestra en el hombro del que en miniatura era su viva imagen, examinó con ceño fruncido a “Cien Chirlos”, que encogía el cuello entre los hombros, mientras el andaluz parpadeaba asustado.

—¿Motivos de la pelea?—inquirió bruscamente el Pirata Negro.

—Verás, señor—empezó a argumentar el andaluz—. Este mostrenco me retó... Claro que yo le había llamado cosas feas y...

—¡Habla tú, “Cien Chirlos”!

—Yo..., pues... ¡hacía mucho tiempo que no peleaba con él!

Carlos Lezama se inclinó, mirando a su hijo para ocultar su sonrisa.

—Tú vas a decidir, hijo. Estos dos hombres han peleado a bordo, y hay una ley no escrita que castiga a los que pelean navegando...

Carlos de Ferblanc y Heredia introdujo su pulgar derecho en la boca... Mordisqueó activamente...

—No sé, padre. “Cien Chirlos” es mi padrino... y “Piernas Largas” es el padrino de Gaby.

—Las influencias familiares no cuentan a bordo...—reprochó severamente el Pirata Negro—. ¡Habla tú, “Cien Chirlos”! ¿Cuál es el castigo para dos tripulantes que peleen?

—Veinte latigazos, señor. Yo puedo pegárselos a “Piernas Largas” y él me los pegará a mí... y todos contentos, ¿no, señor?— preguntó ansioso el lugarteniente.

—¡Eso es!—gritó el andaluz, contento de antemano.

—¡A vuestros sitios, bribones!— gritó el Pirata Negro—. Pegar a dos mulos como vosotros no es castigo.

Los dos amigos-enemigos se alejaron...

El Pirata Negro aupó a su hijo hasta colocarlo sentado encima del reborde del pasamanos de cubierta, apoyado contra el remate de una escalera de cuerda.

—Se pegan de mentirijillas, ¿verdad, padre? Como hacíamos Gaby y yo. Y luego nos abrazábamos...

Silbó el Pirata Negro por tres veces. Acudió corriendo “Cien Chirlos”. Repitió cinco silbidos Lezama. El andaluz vino a colocarse a su izquierda.

—Tengo que imponeros el peor de los castigos, bribones—dijo secamente el Pirata Negro—. ¡Abrazaos!

—¿Yo... a ese...? ¡Tú mandas, señor!

Y heroicamente abrió “Cien Chirlos” los brazos, cerrando los ojos. El andaluz le abrazó y, burlonamente, estampó un sonoro beso en la mejilla curtida y arrugada en cicatrices del segundo de a bordo.

Limpióse “Cien Chirlos”, con gestos de asco, la mejilla besuqueada.

El Pirata Negro enlazó por los hombros a ambos piratas: entre los dos, abiertos los brazos cuyas manos rozaban los velludos pechos, sonrió, mirando a su hijo, que, reclinado contra la escalera de cuerda, intentaba silbar sin gran éxito...

El mar, con largas olas sin furia, mecía el velero, que seguía avanzando a través del Caribe...



**FIN**



# Notas

<sup>1</sup> Ver *Frente a frente*. < <

<sup>2</sup> Ver *La Tumba de los Caballeros*. < <

<sup>3</sup> Ver *Cien vidas por una*. < <

<sup>4</sup> Ver *Frente a frente*. < <